REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII — San José, Costa Rica — **1933** — Sábado 9 de Diciembre — Núm. 22

Año XV. No. 662

SUMARIO

Homenaje a Iván Turguéniev en el cincuentenario de su muerte

(Iniciativa y colaboración de Enrique Espinoza. Buenos Aires, Rep. Argentina)

El abolengo de Turguéniev

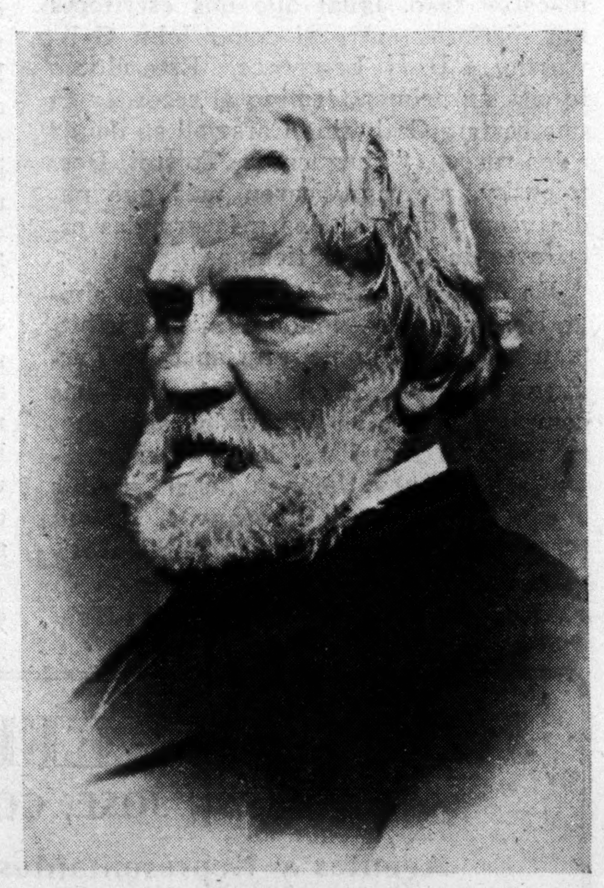
= *Envío del autor.* Buenos Aires =

Me duele, confieso, el silencio unánime de nuestra "inteligentsia" en el cincuentenario de la muerte de Iván Turgueniev; y, aunque en forma mínima, quisiera romperlo aquí con estas notas fugaces sobre el gran escritor olvidado, a quien, antes que a ningún otro, debemos todos la revelación de la literatura rusa.

Por mi parte, la deuda es directa y tiene ya un cuarto de siglo Fué en la escuela primaria, en los libros llamados de lectura, donde encontré por vez primera algunos cuentos rusos de Turgueniev: "Maruja", "El pote", "La sal"... Tan grande impresión me hicieron, que de cuantos autores había en aquellos pobres libros infantiles sólo retuve para siempre el nombre extraño de Iván Turgueneff... Estando en la escuela lo identifiqué también, de manera más española, en cierta revista popular, al pie de una conmovedora (y ripiosa) versión poética de "El mendigo". Recuerdo todavía una de sus estrofas:

> **Perdón, no llevo dinero—**
> **dije al pobre pordiosero;**
> **perdón, amigo, perdón.**
> **Y tendiéndole la mano**
> **estreché la del anciano**
> **con ternura y emoción.**

"Maruja", "El pote", "La sal", "El mendigo"... Muchos años después supe recién que estas páginas "infantiles" las había escrito Turgueniev, como es natural, en la vejez. "Senilia" fué justamente el título latino que puso al pequeño libro que las contiene; libro traducido a nuestro idioma con mucha pulcritud por el malogrado poeta mejicano don Francisco A. de Icaza. Sin embargo, pocas páginas más apropiadas que aquellas de "Senilia" para encantar a un niño con la imagen de un abuelo remoto y genial. Esta idea es aún la primera que asoma a mi espíritu cuando pienso en Iván Turgueniev.



Iván Turguéniev

Quizás ninguno de los grandes escritores rusos que tanta influencia han ejercido en América, está espiritualmente más cerca de nosotros que Iván Turguéniev. Su famosa novela «A la víspera» es hoy un verdadero símbolo para el Nuevo Mundo. Por nuestra parte, muchas veces hemos sentido la misma desesperación de Turguéniev y también su misma fe. Como él, en su novela citada, hemos ido a buscar nuestro héroe a un país hermano, y este héroe nos ha descubierto nuestra propia esperanza. Por esto, a pesar de todos los fracasos y de todas las deserciones de nuestros hombres nuevos y viejos, la voz de Turguéniev nos acompaña: «Oh, fuerza vegetal de la tierra. Ellos vendrán!».

Para estos hombres que están naciendo en todos los países de nuestra América son las páginas de *Avrahm Yarmolinsky* que narran otro aspecto inédito de la vida del gigante creador de «Tierras vírgenes»: sus relaciones personales con la «intelligentsia» de la América del Norte.—*N. de los E. E.*

Pero, en verdad, el "abolengo" de Turgueniev en la literatura rusa del siglo pasado, tiene un sentido menos personal y más profundo... Basta para hacerlo evidente recordar la más famosa y discutida de sus novelas: "Padres e hijos".

Cuando Turgueniev publicó esa obra maestra, en 1862, su posición patriarcal de clásico vivo en un país que no los tenía muertos,—Púschkin y Gógol fueron, puede decirse, sus contemporáneos—no saltaba a la vista como ahora. Con todo, no faltaron en Rusia críticos clarividentes que se lo descubrieran a la joven generación. Pero esta tardó en comprenderlo. El príncipe Kropótkin, uno de sus mejores representantes entonces, a quien Turgueniev distinguió luego en París, cuando éste llegó escapado de una prisión zarista, dice en su admirable estudio sobre el autor de "Tierras Vírgenes":

"Cuando el campesino llegue a conseguir algo y a vivir como la gente va la hierba crecerá sobre mi tumba. No comprendíamos esta actitud del nihilista de Turgueniev. Sólo más tarde, cuando volvimos a leer "Padres e hijos", descubrimos en las palabras de Bazarov, que tan poco nos habían agradado, la semilla de una filosofía realista de la solidaridad y del deber que sólo ahora comienza a adquirir contornos definitivos".

En 1862 Turgueniev tuvo que defenderse de los ataques de la juventud, explicando en una carta a los estudiantes rusos de Heidelberg que allí donde él había escrito "nihilista" había que leer "revolucionario". Sin embargo, la palabra creada por Turgueniev primó sobre su sentido durante veinte años y sólo cuando su obra de escritor estaba terminada y en ella—desde las "Memorias de un cazador" hasta "Senilia", pasando por "Demetrio Rudin", "Nido de hidalgos" y "A la víspera", fijados los tipos representativos de la sociedad rusa "que han impreso su sello característico a las generaciones ulteriores", Turgueniev fué clamorosamente reconocido por todos. Hasta los campesinos, a cuya liberación había contribuído con su pluma, se acercaban a las ventanillas del tren en que hacía su viaje triunfal para preguntarle si él era el autor de "Jor y Kalinitch". Y a su muerte, en 1883, una multitud de

cien mil almas entre las que había 285 delegaciones llegadas de todos los confines de Rusia, acompañó su cadáver al cementerio Volkov de San Petersburgo para dejarlo junto al de su amigo, el crítico Bielinsky. Los revolucionarios se adhirieron con un manifiesto en honor del que fué compañero de Stankevich, Bakunin, Herzen y Lavrov, y los condenados políticos de las prisiones zaristas enviaron una corona con esta inscripción dostoyevskiana: "De parte de los muertos al inmortal". Sólo el gobierno autocrático estuvo ausente del duelo incomparable y prohibió una conferencia de Tolstoi en Moscú.

Esta fatua decisión, dice Edward Garnett en su excelente libro sobre Turgueniev, es el mejor comentario a la verdad contenida en "Tierras Vírgenes".

Se refiere el venerable crítico inglés especialmente a la "Rusia anónima" que Turgueniev proclama en silencio al final de esta novela que dibuja una nueva generación de nihilistas condenada al fracaso: la de Mariana y Solomin.

Pero lo cierto es que la "Rusia anónima" había ratificado ya en vida de Turgueniev la verdad contenida en "Tierras Vírgenes". En una carta del mismo Turgueniev al traductor francés de dicha novela, se encuentra una nota sugerida por M. Viardot y publicada tal cual al pie de uno de los folletines de "Le Temps". Dice textualmente esa curiosa nota que no se reprodujo después:

"Si le roman de M. I. T. n'avait été pas écrit et méme publié avant le procés politique qui se déroule en ce moment devant le Sénat a Saint Pétersbourg, on pourrait croire qu'il en a eté le copiste: il en a était le prophéte. On retrouve en effet, dans de procés, les memes illusions genereuses et les memes complétes déceptions: on y retrouve jusqu'a des marriages impromtus et meme des mariages fictifs. Le roman des **Terres Vierges** est devenu subitement de l'histoire. (Note du traducteur).

Ahora, a cincuenta años de la muerte de Turgueniev, puede afirmarse que los hombres anunciados en "A la víspera" **(Oh, fuerza vegetal de la tierra, ellos vendrán!)** llegaron para llevar a la "Rusia anónima", presentida en "Tierras Vírgenes", mucho más allá de los sueños de su primer profeta. Y si es cierto que la Revolución de Octubre no pudo, a causa de la guerra civil, recordar al año de su advenimiento, el centenario de Turgueniev, no por eso sus creaciones poéticas estuvieron menos presentes en las heroicas jornadas que durante medio siglo prepararon la Revolución. "Nakanuñe" (A la Víspera) llamábase precisamente, el órgano de los emigrados rusos en Alemania; Insárov, el héroe de la misma novela, fué el seudónimo con que firmó a fines del siglo pasado Christian Rakowsky (que había de ser el primer ministro de la nueva Rusia en París), su trabajo sobre "La Francia de hoy". Por su parte, Trotsky, hallaba en Natalia Sedova una verdadera heroina turguenefiana; y el mismo Lenin, asistido por otra: la Krupskaia, reiteraba en la convalescencia su constante admiración por Turgueniev, cuya casa de Oriol (Spaskoye) convirtió en Museo y lugar de peregrinación.

En cuanto a la influencia puramente literaria de Turgueniev, ella es tan evidente en algunos jóvenes escritores rusos de hoy—Romanov, Babel, Leonov—como fué ayer en Chejov, Korolenko, Andreief y otros.

Fuera de Rusia, el recuerdo de Turgueniev perdura sobre todo en Francia, Inglaterra y Norteamérica. Las conferencias, los estudios y las biografías se suceden casi sin interrupción en París, donde el culto amistoso de Turgueniev, tan ligado a lo mejor del espíritu francés, encuentra cada día nuevos adeptos. En Inglaterra, Turgueniev tiene en nuestros días una traductora eximia en la mujer del ya citado Edward Garnett, el amigo de Conrad y de Hudson, quienes también fueron admiradores del maestro ruso, igual que dos escritores tan distintos entre sí como John Galsworthy y D. H. Lawrence. Este último lo cita en primer término al recordar en una carta a Catherine Carswell su deuda a los rusos. "Turgueniev, Tolstoi, Dostoievsky, me significaron más que nadie y creo que son los más grandes escritores de todos los tiempos".

En Nueva York—la ciudad de su amigo Henry James—donde el mismo Whitman habló del "noble y melancólico Turgueniev", apareció en 1926 la obra más completa que se ha publicado hasta ahora sobre el novelista de "Padres e hijos": "Turgenev, the man, his art and his age" (Century and Company). Su autor es el crítico norteamericano de origen ruso, Avrahm Yarmolinsky. En verdad, la aparición de esta obra en Nueva York no es un hecho fortuito. Más bien es un acto de justicia. Porque Turgueniev mostró desde muy niño viva predilección por América, a tal punto, que según recuerda el mismo, en la escuela era llamado "el americano". Este aspecto de la personalidad de Turgueniev, a lo largo de toda su vida, es el que ha estudiado más ampliamente el profesor Yarmolinsky en varios capítulos de su importante libro. Con mi amigo Oscar Cohan traduje hace un par de años el titulado "Au revoir in America" para "La Vida Literaria". Por tanto, no voy a insistir al respecto. Pero sí, antes de señalar dos o tres ecos turguenefianos en la literatura argentina, quiero transcribir íntegramente el fragmento más significativo de una carta de Turgueniev a Mme. Viardot en 1847, que Yarmolinsky ha omitido en gran parte. Dice así en su texto original (Léttres a Mme. Viardot, página 30):

"Tandis que dans le temps de crise et de transition aú nous vivons, toutes les oeuvres artistiques ou litteraires ne représentent tout au plus que les opinions, les sentiments individuels, les reflexions confuses, et contradictoires, l' eclectisme de leurs auteurs; la vie c'est éparpiliée; il n' y a plus de grand mouvement général excepte peut-être celui de l'industrie, qui, considereé sous le point de vue de la soumission progressive des elements de la nature au génie de l'homme, deviendra peut-être la liberatrice, la regeneratrice de genre humain. Aussi, á mon avis, les plus grands poétes contemporains sont les Américains qui vont percer l'isthme de Panama et parlent d' établir un telegraphe electrique a travers l'Océan. Une fois la revolution social consomée—vive la nouvelle litterature. . . !"

Un anticipo genial, como se ve, de lo que Waldo Frank comprobó reciente-

mente sobre el terreno y que por su parte sintetizó en forma definitiva en las últimas líneas de su hermoso libro sobre Rusia, al explicarnos porque ese pueblo adora la máquina.

Cuanto a la "presencia" de Turgueniev entre nosotros, ya he mencionado la traducción de "Senilia" hecha por el escritor mejicano Francisco A. de Icaza, al preparar la parte de Cervantes en Rusia para **El Quijote durante tres siglos.** "Senilia" se publicó por vez primera en 1882, justamente el año que nuestro Miguel Cané daba a la imprenta su "Juvenilia". No sabría decir si el joven escritor argentino de entonces recibió para el título de su obra alguna sugestión del viejo escritor ruso. Lo más probable, según Lugones, es que Cané lo tomara de la colección de poesías latinas. "Juvenilia". del escritor protestante Theodore de Béze, publicada en París en 1879; o de las cartas de Montesquieu al abate Guascó. En tal caso, habría que considerar como inicial la relación del propio Lugones con Turgueniev. En efecto, en su poema finisecular, "El Solterón", incluído en "Los crepúsculos del jardín" Lugones alude claramente a una famosa novela corta del maestro ruso, "Aguas Primaverales".

....

Veinte años cuenta el romance.
Turguenef tiene uno así.

También en su "Lunario sentimental" hay un diálogo entre Hamlet y Don Quijote coincidente, aunque sólo por el tema, como otro diálogo semejante de Jorge Brandes, con la famosa conferencia de Turgueniev sobre "Hamlet y Don Quijote".

Pero en verdad, la influencia del autor de "Padres e hijos" en nuestras letras recién se hace evidente en algunos cuentos de Horacio Quiroga y en "El culto de los héroes" de Arturo Cancela, para no citar más nombres. Arturo Cancela, después de leer el breve ensayo que dediqué al españolismo de Turgueniev en mi libro "Trinchera", me dijo que se había propuesto retribuir a Turgueniev su aprendizaje del español poniéndose a estudiar el ruso por el método de Trotsky. Es decir, con una Biblia en ese idioma, aunque no en Usuahia, ciertamente.

Por mi parte, sin llegar a tanto, creo que la "inteligentsia" argentina habrá cumplido con Turgueniev si con motivo del cincuentenario que le recuerdo en estas notas circunstanciales, se decidiera a leer o releer cualquiera de las obras del gran novelista ruso. Sobre todo, **Tierras vísgenes.** Será no sólo una forma de ponerse al día para entender mejor una novela tan actual como "Canguro", por ejemplo, sino también una manera de incorporar el abolengo de Turgueniev a nuestro espíritu.

Enrique Espinoza

"Au revoir in América"

= De *Vida Literaria*. Buenos Aires =

Alemania fué la segunda patria de Turgueniev. Francia, llegó a ser su hogar adoptivo, y aunque algo incompatible con su genio, rezongó en él con libertad filial. En Inglaterra fué siempre un huésped. Tenía un profundo conocimiento de la literatura inglesa: Shakespeare le era familiar; pensaba introducir a Burns entre sus compatriotas, y Dickens lo deleitaba enormemente. Consideraba el sistema político inglés como modelo, y le hubiera agradado que Rusia lo imitase. Gustaba cazar en Cambridgeshire lo bastante como para cruzar el Canal en muchas ocasiones. En una de éstas George Eliot, que con su segundo marido prefería la sociedad de Turgueniev a la de cualquier otro literato, hizo un viaje especial a Six-Mile Bottom para verlo. Gracias a su don de gentes Turgueniev conquistó amigos no sólo en Londres, sino también en Oxford y Cambridge.

Parece que no trató a Dickens personalmente, aunque los Viardot estaban en relaciones con él, pero asistió a tres de sus lecturas en 1863, y se vió reducido a lo que llamó "los éxtasis de una oveja". Escribió en sus Recuerdos que Dickens combinaba "en una sola persona varios primeros actores que hacen reír y llorar vuelta a vuelta" Carlyle ha expresado la misma impresión al describir las lecturas de Dickens como "todo un teatro trágico, cómico, heroico, bajo un mismo sombrero"... Turgueniev tuvo alguna relación con este compañero de entusiasmo, pero parece haber estado en desacuerdo con él en otros asuntos controvertibles. Frecuentó las casas de hombres como Dante Gabriel Rosetti, el pintor Madox Brown y el matemático William Spottiswood, que en su juventud había viajado por Rusia. Trató a Tennyson y aunque no se sintiera completamente cómodo en el idioma del poeta y usara giros librescos, ausentes de su buen francés y alemán, supo salir airoso de la conversación. Fué honrado con un banquete, al que asistieron, entre otros, Trollope, Walter Besant y James Payn. No obstante, su contacto personal con lo inglés siguió siendo leve. Le resumió a Foeth en 1878 sus impresiones de esta primera visita en los siguientes términos: "Maravilloso, animado, grandioso, estúpido, todo en uno, pero sobre todo algo enteramente ajeno a nosotros".

El único inglés con quien estuvo en íntima relación fué su traductor, W. R. S. Ralston. Parece haber sido de todos sus amigos extranjeros el único que lo visitó en Spaskoye. Esto sucedió en el verano de 1870. Ralston tenía un espíritu curioso y erudito. Al visitar las chozas mientras recorría la aldea, se informó acerca de los nombres y usos de las cosas que veía, anotándolas en una libreta que siempre llevaba consigo. Después de la partida de Ralston, Turgueniev recibió una diputación de aldeanos que querían saber cuándo irían a Inglaterra. Se les había ocurrido que el inglés tomó nota con el objeto de transportarlos a ellos y a sus bienes a su país. Turgueniev tardó mucho tiempo en disuadirlos de tal ocurrencia. No había dejado partir a su huésped sin organizar en su honor una fiesta aldeana. Foeth, respondiendo a una invitación poética, también asistió a ella y por su descripción parece haber terminado de una manera poco bucólica Los paisanos ebrios clamaron por más vodka y cuando se hubo repartido cintas rojas a las mujeres la multitud se volvió tan alegre que Turgueniev, su vecino y su asombrado inglés, tuvieron que escaparse y resguardarse en el balcón de la finca solariega

El aprecio de los ingleses por la obra de Turgueniev fué expresado más tarde en una conferencia dada por un miembro honorario de la Universidad de Oxford. Pudo muy bien haber sido el mismo Ralston quien preparara los elementos. A principios de 1874 Turgueniev le escribía: "Me halagaría mucho tener un título conferido por la ilustre Universidad de Oxford; pero no es acaso demasiada ambición, no se preguntará

el público: ¿Quién es ese y por qué tanto honor?"

El título le fué otorgado cinco años después. El 14 de junio de 1879 Turgueniev le escribía a Stasulevich: "Sucederán milagros. Mañana salgo para Oxford, pues su Universidad ha decidido concederme el título de.... Doctor of Common Law". Así fué como interpretó el significado de las iniciales D. C. L. "El honor, concluía, es tan grande como inesperado". Es muy posible en efecto, que Turgueniev hubiese olvidado la primera mención de este asunto; tenía mala memoria para tales demostraciones de aprecio.

Se le habían hecho muchas demostraciones de esta naturaleza cuando fué huésped de Max Müller. El sabio dudaba si era propio de un profesor real el agasajar a un hombre que había expresado públicamente desprecio por Su Majestad la reina. En el verano de 1876, cuando los periódicos estaban llenos de las atrocidades contra los búlgaros, Turgueniev en un viaje nocturno en tren de Moscú a Petersburgo se pasó la noche en vela para componer una fantasía en verso en la que se burlaba de la simpatía de la reina Victoria por la política turca. Las damas juegan en Windsor al croquet —juego entonces de moda—delante de la reina que se horroriza al ver que las pelotas se transforman en cabezas sangrientas. De regreso a su castillo descubre que el ruedo de su vestido está manchado de sangre e implora a los ríos de Inglaterra que lo laven, pero sólo obtiene como respuesta del poeta que ningún agua lavará la mancha de esa sangre inocente. "Croquet en Windsor" como llamó Turgueniev a esta horrorosa fantasía, aunque prohibida por la censura circuló ampliamente siendo recitada hasta en las reuniones a que asistía el heredero; fué traducida al alemán, francés, e inglés. Pero hay que hacer notar que no por ello Turgueniev fué arrastrado por la ola de patriotismo que envolvió a su país a la víspera del conflicto ruso-turco, pues aunque sentía profunda simpatía por los búlgaros fué uno de los pocos contrarios a la guerra. No sentía solidaridad étnica con los demás eslavos, y no consideraba, así lo decía, al mahometanismo inferior al cristianismo.

Cuando Turgueniev arribó a Oxford era grande en Inglaterra la animosidad contra Rusia y llegó a temer que se le hiciera una demostración hostil como ruso. Pero nada de esto ocurrió. James Bryce, entonces profesor real de Derecho Civil, presentó a Turgueniev ante el vicerrector de la Universidad, y según "The Oxford Journal", habló del "maravilloso genio que Turgueniev ha mostrado en sus novelas y en su pintura de la vida rusa, que ha determinado la emancipación de los siervos". Al mismo tiempo le fué conferido honor semejante a John Ruskin, Sir Fredrick Leighton, embajador en San Petersburgo y al gobernador de Fiji.

Los anchos hombros de Turgueniev soportaron la brillante vestimenta académica con dignidad, pero no pudo evitar una sonrisa íntima al pensar que era ahora doctor en leyes—no sabía si se trataba de derecho común o natural, y, en realidad era derecho civil—él que era incapaz de ejecutar la más simple transacción.

Dos meses más tarde el gobierno francés lo honró de la misma manera nombrándolo oficial de instrucción pública. "Parece—le escribe Turgueniev a una sobrina de Flaubert agradeciéndole su felicitación—que esto le da a uno el derecho de usar una cinta violeta, violeta, digo, no roja. Me la prenderé en el traje doctoral que me han dado en Oxford que es de un rojo brillante; los dos colores armonizarán perfectamente".

—

El interés de Turgueniev por el mundo anglosajón no se limitaba a Inglaterra. Quizás fué exageradamente galante al declarar en París a un viajero americano que era en él una idea fija visitar los Estados Unidos, ver la gran República por sí mismo; pero el Nuevo Mundo había impresionado su imaginación.

Alrededor de 1870, muchos rusos encontraron extraordinario atractivo en la vida e instituciones americans, y no pocos cruzaron el Atlántico con el propósito de establecerse en los Estados para mejorar su vida que las restricciones políticas hacían imposible en Rusia.

Estos que fueron llamados "americanos" pensaron vivir en comunidad con la tierra, trabajar con sus manos y desterrar los vicios de la propiedad privada y de la existencia urbana.

El interés de Turgueniev era de otro orden. Lo que él admiraba era la actividad industrial de los ciudadanos de espíritu práctico y sus instituciones democráticas que le parecían la mejor garantía de la libertad individual.

Cuando Turgueniev se estableció en París, su nombre empezaba a ser familiar a los lectores de Boston y Nueva York. Con los americanos que lo visitaban era el más amable de los huéspedes. Uno de esos visitantes fué Hjalmar H. Boyesen—después profesor de lenguas y literaturas germánicas en la Universidad de Columbia—. Durante el verano de 1873 Boyesen visitó varias veces el departamento de la rue Douai, con espíritu de respeto y admiración, y conversaron muy detenidamente de muchas cosas.

América fué el tema principal. El joven visitante, al referirse al primer viaje de Dickens a Yanqui-Dooddeldom (como quien dice Yanquilandia), observó que, de realizar Turgueniev su intención de ir allá, reaccionaría de la misma manera contra la Unión. Turgueniev le replicó que donde había libertad de pensamiento y de palabra podían aparecer abusos en la superficie y era fácil descubrirlos; pero en él los prejuicios eran todos a favor de América. Citó una conversación que había sostenido con Carlyle y cómo el gran escocés había tronado contra la democracia y expresado "sin reserva... su simpatía por Rusia y su emperador". Era fastidioso—sostenía Carlyle—ver cómo en un país como la Gran Bretaña "cualquier individuo insignificante podía levantar cabeza como un sapo y croar a sus anchas, mientras hubiera quien quisiera escucharle. Turgueniev habría deseado que Carlyle se pasara uno o dos meses en cualquier provincia del interior de Rusia. Pues el verdadero valor de las instituciones americanas era el amplio margen que ofrecía al "desarrollo individual".

Al nombrarse a Ibsen en la conversación, Boyesen observó que el dramaturgo no era demócrata a causa de su pesimismo: "un verdadero demócrata debe tener fe absoluta en sus semejantes". Como carecía de esta fe, Ibsen podía decir que perdería el respeto de sí mismo si coincidiera con la multitud en cualquier asunto vital.

"Yo diría — contestó Turgueniev — que es posible que siempre la minoría tenga razón. Pero es una excepción más que una regla".

Turgueniev sorprendió a Boyesen por su familiaridad con la literatura americana, de la que hablaron mucho. Consideraba a Hathworne "el primer representante literario del Nuevo Mundo". **La letra escarlata** y las **Historias otra**

vez contadas tenían el sabor de la tierra y hablaban de una nueva civilización. Recordó amablemente a Lowell, a quien había conocido no hacía mucho tiempo, y bastó que su visitante mencionara a Howells una sola vez para que en su próxima visita encontrara un ejemplar de **La vida veneciana** en la mesa de Turgueniev. Consideraba también a Bret Harte como a un escritor de brillantes cualidades, a quien suponía echado a perder por el éxito. Habló con entusiasmo de Walt Whitman; veía buena semilla en todos ellos. Parece que al poeta lo había descubierto un año antes. Habiendo prometido un trabajo corto para "La Semana" **(Nedelya),** y no teniendo nada listo, decidió darle al editor, como le escribió a Annenkov, "varias traducciones de poemas líricos del notable poeta americano Walt Whitman (¿ha oído usted nombrarlo?) con una breve introducción No puede imaginarse nada más original". Annenkov tomó interés y quiso ver el trabajo, pero la enfermedad de Turgueniev se interpuso y las traducciones fueron abandonadas y al fin nada quedó del proyecto.

De su propia obra Turgueniev habló con su habitual espontaneidad. El joven americano le dijo que sus relatos habían penetrado en su vida hasta tal punto que ya no podía distinguir las impresiones creadas de las que pertenecían al mundo real. Eso es precisamente — exclamó Turgueniev—lo que me había propuesto. "Nunca trato de perfeccionar la vida; trato simplemente de ver y comprender... Cada una de las líneas que he escrito ha sido inspirada por algo que me ha ocurrido o que ha llegado a mi observación".

En efecto, nunca pintaba un "tipo puro"; sus protagonistas están como en fotografías compuestas. Y cómo le inquietaban hasta que conseguía dominarlos! Cuando leía le susurraban sus opiniones al oído; cuando se paseaba criticaban a todo lo que le salía al paso y todo lo que veía y oía. Carecía, como le dijo a Boyesen que podía haberlo notado, de "espíritu filosófico". Había visto y sacado conclusiones de lo que había visto. Las cosas abstractas se le aparecían como figuras concretas; cuando podía transformar su idea en una de esas figuras se sentía dueño de ella. Estas imágenes llegaban a ser la esencia de la realidad.

"A Europa, por ejemplo,—dijo a su visitante—la imagino a menudo como un templo amplio y vagamente iluminado, de ricos y magníficos decorados, pero con el crepúsculo escondiéndose bajo los arcos de sus naves. América se me presenta como una vasta y fértil pradera, desnuda a primera vista, pero con el alba gloriosa naciendo en su horizonte.

"Au revoir in America" fueron las palabras con que Turgueniev despidió a su huésped cuando partió. Pero Turgueniev nunca fué a América. Tuvo que contentarse con los vagos visitantes de la Unión, que iban a verlo a París. Cuando Emerson estuvo en la capital de Francia, se prometieron cenar juntos, pero se interpuso la gota. En 1878 conoció al abolicionista Thomas Wentworth Higginson, delegado al Congreso literario internacional que Turgueniev presidió con mucho embarazo. Le habló con gran entusiasmo de sus compatriotas, citando a Emma Lazarus, con la que mantuvo correspondencia así como con Boyesen. A Mr. Higginson le encantó este ruso genial, que "unía a la dulce y hermosa cabeza de Longfellow, la figura de Thackeray", y cuya "cautivadora delicadeza sobrepasaba aún la de Longfellow". Pero cuando fué a buscar una fotografía de Turgueniev por las librerías de París, descubrió con desagrado "que su nombre era totalmente desconocido". Estos peregrinos de la Unión trataron a Turgueniev con una consideración que debe haberle impresionado por lo distinto del tratamiento a que estaba acostumbrado en su país.

Otro de sus admiradores americanos fué Henry Holt. Habiendo publicado una traducción inglesa de varias de sus obras, no sólo le escribió a Turgueniev una carta amistosa, sino que también le remitió un cheque. Turgueniev que nunca había recibido ni esperaba recibir nin-

MATLA (7)

(Fantasía indígena)

por

EUCLIDES CHACON MENDEZ

= *Envío del autor.* Alajuela, Costa Rica, 1933. =

EL AMULETO DELATOR

Aquella mañana toda la tribu vió salir el sol. Desde la primera luz la plaza estuvo llena de gente. Mensajeros partían con diferentes rumbos: se registraban los contornos del poblado, se disponía una expedición hacia lejanos bosques y el mar. La noticia se divulgó con alas de relámpago y en todas las cabañas se hacían animados comentarios. Jamás motivo alguno despegó tanto la lengua de aquellos indígenas de hábitos silenciosos. Todos manifestaban gran indignación e imaginaban crueles castigos.

La actividad en el valle crecía conforme avanzaba la mañana y disminuían las probabilidades de aprehender a los fugados. Cada una de las chozas fué objeto de minucioso registro, los vecinos sometidos a detenido interrogatorio; pero todo inútil, nadie sabía nada. De vez en cuanto regresaban los enviados que habían partido temprano, cansados del trote infructuoso de muchas horas. Desde lugares apartados acudían gentes con la misma respuesta: los fugitivos no daban señales. A favor de corriente el río hormigueaba de canoas colmadas de guerreros, mientras en sus orillas se apiñaban las mujeres y los niños, presas de la mayor excitación.

Caraté, como fiera en trampa, desesperaba entre la esperanza y el fracaso. Vociferaba a cada rato y con sordo acento terribles órdenes. En el colmo del furor hacía azotar a aquellos de sus mensajeros que regresaban solos, sin rastro alguno de los perseguidos. Sospechaba de todos; maldecía a todos. Perdía la fe en los dioses e injuriaba a los sacerdotes por la ineficacia de sus plegarias. En su cabeza había un volcán; en su corazón la tormenta. Estaba feo, horrible, con la fealdad de los ogros; la cólera encendía sus pupilas con destellos siniestros. El alma del Cacique era abismo, cráter hirviente, el infierno... El torcedor de los celos le exprimía como a un racimo de uvas la llama del sol. Yara, que era a su corazón como el perfume a la flor, ¿estaba verdaderamente perdida para él? ¿Qué espíritu hostil la arrebataba de sus manos? En su apasionado temperamento la impaciencia le ahogaba. Cada hora que transcurría de vana persecución era un dardo clavado en su pecho. A veces lloraba, él, jefe de una tribu aguerrida y valiente, hecha para el peligro y el dolor.

Así pasó el día y llegó la noche. Hasta el amanecer todo seguía igual, todo esfuerzo perdido. Pero al brillar de nuevo el sol, el regreso de los últimos mensajeros, trajo a la tribu el postrer gajo de esperanza marchito: Xilotl y su compañera habían cruzado el golfo!

Como por encanto la actividad del

guna paga por sus traducciones, asombróse mucho. Le escribió en seguida a Ralston pidiéndole que tradujera sus "Reliquias vivientes" que deseaba mandar al "fénix de los editores" junto con su retrato "como una prueba de gratitud". América, agregaba era "indudablemente el país de las excentricidades". Respecto de esta carta "con el cheque" le escribió a Mr. Holt: "...Pocas veces o nunca he experimentado un placer igual en toda mi carrera literaria. La profunda simpatía que siempre he sentido por América y los americanos ha aumentado con eso; y el aprecio de sus compatriotas, como lo atestigua vuestra amable carta, me hace orgulloso y feliz".

Este intercambio de cartas ocurrió en el invierno de 1874. Cinco años más tarde Mr. Holt veraneaba en París y Turgueniev lo invitó a su casa. Las memorias del editor dan una breve noticia del encuentro, en el que Turgueniev aparece apoyado en la baranda de la escalera saludando al joven amigo americano que sintió al ver esa cara completamente barbada, fuerte y amable como si estuviera "ascendiendo hacia un profeta". La única observación que el americano quiso anotar es la expresión de Turgueniev: "No soy un puritano".

El editor fué también recibido en Bougival, y asistió a muchas reuniones. "Habla inglés", anotó Mr. Holt, "mejor que yo". Después de una sesión de samovar pasaron al escritorio del novelista, desde cuyas ventanas se veía un hermoso paisaje. Como el visitante comentara el paisaje Turgueniev dijo que no le causaba ninguna impresión. El visitante respondió: no tenía acaso cada una

de las grandes escenas de sus novelas un ambiente natural apropiado.

Tal vez, pero no me he dado cuenta de ello. Por mi parte, si todo lo que existe estuviera ordenado gradualmente desde la materia inanimada hasta el pensamiento y el sentimiento más elevados, mi interés comenzaría donde comienza la vida consciente.

Había un americano cuyo contacto con Turgueniev era menos casual que el de una relación pasajera: su joven colega Henry James. Y no porque haya pruebas de que admirara particularmente a esa joven, como personalidad o como artista; su amabilidad tenía algo de condescendencia. Le escribió a Ralston en 1875 que hiciera amistad con James, a quien pinta como "un hombre muy amable, sensible y dotado, con una tendencia a la tristeza que no le asustará". Siete años más tarde, en otra carta a Ralston le escribe que ha recibido la visita de James, que es tan amable "como siempre, pero que se ha puesto más gordo".

Turgueniev decía que algunas páginas de James estaban escritas con mano maestra, pero el americano quizás tenía razón al temer que sus cuentos le resultaran al ruso como "adornados con demasiados moños y flores, poco apropiados para hombres".

Las opiniones de James acerca de Turgueniev no estaban libres de algunas nociones superficiales como "imaginación eslava", "languidez eslava". Hay otras pruebas de que al escribir sobre el ruso, James tejió algo más que fantasías reverentes. Sin embargo, el joven americano, en cierto sentido, ha mostrado una comprensión profunda del carácter y de la obra de Turgueniev. Antes de conocerlo escribía ya James: "Para pintarlo en pocas palabras, es un novelista que ha tomado notas... Si no me equivo, apunta una idiosincracia de carácter, un fragmento de conversación, una actitud, un rasgo, un gesto, y lo conserva durante veinte años, si fuera necesario, hasta que llega el momento de utilizarlo".

Y en otra ocasión: "...no admite ideas abstractas; una idea para él es un individuo tal y cual, con tal y cual nariz y mentón, con tal y cual sombrero y chaleco, que conserva con ella la misma relación que la vista de las palabras impresas con su significado"

Esto es casi lo que dijo, pero más precisamente, Turgueniev de sí mismo. Era un realista, de seguro, como esos "nietos de Balzac"; mas James parece haber comprendido que también era en cierta medida, como su infortunado héroe Nejdanof, de "Tierras vírgenes", un "romántico del realismo"; alguien que contemplaba la vida con valor, pero que no po-

---

(MATLA), Folletín del *Rep. Am.* (20)

valle cesó por algunos días, menos en el palenque donde Custé apuraba amargos sorbos. Poco a poco fué madurando la sospecha de que en la fuga de los jóvenes nicoyanos debía haber cómplices; de lo contrario la empresa de burlar a sus guardianes era difícil, sino imposible. ¿Quién auspició la fuga?, eso significaba grave traición y la muerte irremisible del culpable. Durante días Cararé investigó con febril diligencia y morbosa sed de venganza. Sus pesquisas se detuvieron ante la improbable complicidad de Matla, a quien la tribu unánime no sabría acusar. Sin embargo, el Cacique, no se dió por vencido. Anudando cabos, tejiendo recuerdos y confesiones, creyó descubrir la verdad: la vida de Matla en los días anteriores a la fuga de los prisioneros, sugería dudas. Habíasela visto frecuentemente en compañía de la muchacha, ejerciendo a su lado no de guardadora, como era su deber, sino de amiga, de camarada. Alguien confesó que la noche antes del hecho había sorprendido a la doncella, en altas horas, yendo al aposento de la vieja esclava. Hasta hubo quien declaró que una vez, estando juntas ambas mujeres, le pareció oír, de paso, las palabras "perdón", "libertad", "huir", etc., sin importancia en aquel momento.

De este modo fué tomando cuerpo la sospecha de complicidad de Matla. Cuantas veces fué interrogada la anciana, dió la callada por respuesta. Este obstinado mutismo agravaba su situación. Sinceramente Cararé dolíase de no poder comprobar la inocencia de su esclava y le angustiaba juzgarla culpable. ¿Por qué callar? ¿Qué necesidad tenía de echarse encima una culpa que no era suya? ¿Qué se proponía con su silencio?

Todo se conciliaba en su contra; la favorable opinión que hasta entonces la defendió, lentamente secó sus frutos. La infeliz Matla estaba sola en medio de la Corte que antes fuese cariñoso refugio. Aun aquellas personas que a su lado gozaron de maternal acogida y por su medio alcanzaron favores reales, rehusáronle su apoyo. El mundo se había puesto rojo, sangriento para Matla. Como siempre y con lógica muy humana, a la hora de caer nadie se ofreció a ayudarla. El clamor general exigía ya el sacrificio. La tribu se emponzoñó contra Matla, a quien antes venerara como una reliquia. Todos la acusaban, todos señalaban a la víctima: había que aplacar la cólera de los dioses traicionados!

Pero en el seno de la general hostilidad, sólo una voz no acusó, sólo una voluntad se resistía a castigar: Cararé. Sí, el Cacique, que en aquel instante de graves responsabilidades—parodaja del destino—se constituía en el principal defensor de la acusada. Todas las culpas que la opinión echaba sobre sus flacos hombros, no habían sido comprobadas todavía. Y Cararé se agarraba de esta circunstancia con la esperanza de salvar a Matla. ¿Pero por qué defendía a Matla, presunta culpable de un delito atroz? Matla. en cuyos brazos meció el sueño de su infancia y de cuyos labios aprendió la ternura, merecía a Cararé inmenso amor filial. El Cacique no había conocido a su madre desaparecida cuando el niño abrió los ojos a la primera luz; pero el regazo de Matla se brindó solícito al nuevo ser y el calor que su tierno organismo necesitaba, lo dió con generosa abundancia esta anciana mujer que ahora insultaba y maldecía la tribu. Por eso Cararé, mientras las inculpaciones no fuesen comprobadas de una manera evidente, no toleraría el castigo. Su persecución se tornó en amparo.

día evitar la protesta cuando se trataba de aceptarla totalmente. Se sentía inclinado a descartar los aspectos duros, sórdidos y falsos de las cosas. La tendencia a la tristeza que Turgueniev descubrió en James, éste la reconoció en aquél: "el carácter melancólico de su naturaleza era profundo y constante". James comprendió asimismo la actitud de Turgueniev con su patria distante que lo atraía y rechazaba a la vez. "Turgueniev" nos da la impresión de estar en desacuerdo con su país... Ama lo viejo y es incapaz de ver donde nace lo nuevo". Y todavía: "Turgueniev nos impresiona como un hombre desencantado... en el país que le es querido La fermentación de los cambios sociales ha arrojado a la superficie de Rusia un diluvio de pretensiones huecas y de presunciones vanas, en medio de las cuales el amor, sea de las viejas virtudes o sea de las nuevas proezas, encuentra muy poca gratitud".

Los domingos en el departamento de Flaubert, "un pequeño salón del último piso de una casa al final del Faubourg Saint Honoré", donde, según James, Turgueniev mostraba su exquisito don de conversador más brillantemente, aclararon su opinión de este genio tan accesible, tan tratable y tan poco pagado de sí mismo, que tuvo la suerte de tratar". Nuestros standards convencionales, moralísticos, anglosajones y protestantes, dice James, le eran completamente extraños. Pero durante las horas pasadas en esa compañía, el joven americano sintió además que el ruso, como él, estaba algo desilusionado respecto de los standards igualmente rígidos, aunque diferentemente orientados en lo que se refiere al arte que todos ellos practicaban.

No fué solo en casa de Flaubert donde James veía a Turgueniev, también lo visitó en más de una ocasión en su saloncito verde en casa de los Viardot. Lo que le llamó particularmente la atención era el enorme diván, tan grande que las personas más chicas que Turgueniev tenían que acostarse más bien que sentarse en él; y también algunas muestras escogidas de la pintura francesa, especialmente un hermoso Rousseau. Además, lo visitó en su preciosa residencia de Bougival, donde la biblioteca de Turgueniev presentaba el mismo aspecto de sencillez: unos pocos libros, un vasto diván, y varios cuadros valiosos El recuerdo más bello de todos es quizás el de cierto almuerzo parisién en un nuevo y suntuoso café de la Avenue de l'Opera, donde estuvieron conversando desde el mediodía hasta el atardecer:

"La neblina gris de un diciembre parisién... le daba al obscuro interior del café un aspecto más amable y hospitalario; mientras la luz palidecía y las lámparas se encendían y los "habitués" entraban a tomar su ajenjo y jugar su partida de dominó, nosotros continuábamos todavía nuestra sobremesa. Turgueniev habló, casi exclusivamente, de Rusia, de los nihilistas, de las notables figuras que producían, de las curiosas visitas que recibía, de las sombrías perspectivas de su patria".

Los dos escritores tenían más afinidades de las que podían sospecharse. Turgueniev estaba en la tumba cuando James le escribía a Stevenson: "Quiero dejar una multitud de pinturas de mi tiempo, de modo que la serie pueda constituir un conjunto que tenga cierto valor como observación y testimonio". Este fué en esencia el esfuerzo de Turgueniev. James, como Turgueniev, era, según la frase de Edmundo Gosse, un hombre esencialmente desarraigado. Los dos sintieron que el escenario nativo se les borraba y, como dice James, no podían ya "confiar en expresarlo" Los dos se vieron acusados de "traidores" en los diarios de sus patrias, pero el destierro de Turgueniev ocurrió muy tarde para perjudicar su obra. No intentó proyectarse en un ambiente en el que no tenía propiedad trasmitida y heredada". Podía dejar durante un tiempo colgada su arpa en un sauce de tierra extraña, pero no ovidó a Jerusalem, y su mano derecha no se paralizó.

Avrahm Yarmolinsky

(MATLA), FOLLETÍN DEL *Rep. Am.* (21)

Pero esa evidencia en la que el Cacique no creía, la ofreció el hallazgo en poder de Matla, del amuleto de Yara. Debe recordarse que representaba a un tigre, símbolo de la tribu chorotega. Por consiguiente, la sola posesión de tal prenda significaba encubierta infedilidad. Ese amuleto que fué tolerado en el seno de Yara, ¿por qué aparecía en manos de Matla? ¿Cuándo lo había adquirido? En el caso de que la muchacha lo hubiese olvidado con la precipitación de la fuga, ¿por qué estaba en posesión de Matla, celosamente guardado, y no en el aposento de su legítima dueña? Y si la anciana lo había encontrado en ese lugar, ¿por qué no lo entregó inmediatamente a los investigadores del caso? ¿Por qué rehusarlo a la acción de la justicia? ¿Es que había interés en estorbar ésta? Si ello fuera cierto, Matla favorecía a Yara, con lo cual confesaba su complicidad. O Matla ¿ignoraba, acaso, que el hallazgo de tal prenda facilitaría en mucho las pesquisas y, por consiguiente, el esclarecimiento de la incógnita? ¿Podría ser eso admisible en la inteligencia y perspicacia de la anciana esclava? Pero, admitiendo que ello fuera verdad, ¿por qué, entonces, tratándose de una prenda de repudiado origen la ocultó en su poder? Además, ¿por qué Matla rehusaba contestar a las preguntas que se le dirigían al respecto, si la menor explicación de su parte bastaría a salvarla? ¿Qué interés existía en mantener ese mutismo acusador?

Al fin, vencida por la evidencia de las acusaciones, impotente ante la verdad y dispuesta a sufrir las consecuencias, Matla confesó su culpa. Ella, y sólo ella, era responsable. No tenía cómplices; sí, solamente uno: su corazón. Entre el sacrificio de la juventud floreciente de Yara y la bendición de su libertad, escogió esta última. Matla no supo resistir al dolor de la nicoyana, ya en el umbral de su calvario. Los jóvenes tienen derecho a la vida; los viejos sólo anhelamos la tierra, declaró noblemente ante sus jueces.

Matla no desea más que desaparecer. Toda su vida sirvió a los suyos, luchó por los suyos. "¡Traición!", gritaba la tribu, y Matla sonreía con tristeza: esa palabra no tenía sentido para ella, que sólo concebía la misericordia y el amor. Ante la pena del prójimo Matla era copo de espuma que evapora la brasa del sol. ¿Qué podían exigirle, pues? La ley de la tribu condenaría su cuerpo a la voracidad de las bestias y el sitio donde se expondría su cadáver prohibirlo como lugar maldito. Matla no se arredraba. La voluntad fuerte, ingénita en su raza, concurría ahora para sostenerla en el sacrificio. Hubiera deseado acelerar la carrera del tiempo y concluir pronto: le estorbaba el vivir! ¿Qué mejor cosa podrían hacer los suyos que herir su carne y desangrar su corazón? Sería su última ofrenda a los dioses. Luego, cuando el "diente roedor" de los días conviértese en polvo sus huesos, Matla, su cuerpo, materia frágil, habría desaparecido en el regazo apretado de la tierra y los hombres nuevos que, al marchar a la guerra, hollasen su tumba, no sabrían que ahí bajo sus pies, reposó una vieja esclava güetar, sacrificada con sangriento ritual. Pero el alma que animó esa materia seguiría fiel a su raza y desde lo hondo del misterio enviaría a su hermanos soplo de aliento fraternal. Confortada por tan generoso ánimo, Matla esperaba la muerte con serena resignación. Para ella, alma excelsa, la eternidad no era más que un sueño venturoso. Por eso cuando las gentes de la tribu decidían su condena, Matla sonreía y perdonaba. Así sus pecados no tenían el sabor de un amargo licor...

COSAS DEL GAY SABER

Garcilaso

= De *La Prensa*. Buenos Aires =

Hay un día de gran placidez en las letras españolas: aquel en que Garcilaso de la Vega alza su canto. Reconocemos uno de los instantes clásicos del mundo, en perfecta conformidad con la clasificación de Hegel. Cumplidas y venturosas son las nupcias del hombre con la Vida. Casi es otra vez aquello de Grecia. En fin, han florecido los tiempos, y llegado es el Renacimiento con todos sus gayos colores, con todas sus frescas voces.

Hablamos de una perfecta serenidad, no de una loca alegría. Hasta hay lugar para el sentimiento melancólico, hondo, contagioso. Pero este sentimiento melancólico cabe todo en una dulce quejumbre. No convoca espectros, en modo alguno; le basta con las nubes que pasan. Apolo está presente sin duda. Por lo demás, ya sabemos que el idilio y la égloga han de situarse idealmente en la Arcadia de la Edad de Oro. Tal es la pura lejanía de todo Teócrito. Por eso los paisajes son como son—mitad celestiales—, y sus personajes dijéramos mitad divinos.

Por consiguiente, ni una palabra contra las églogas y los idilios en nombre de la naturalidad. Nada. Su paisaje no es, ni quiere el poeta que lo sea, el de los cotidianos campos, ni sus pastores guardan semejanza, ni hubieron compromiso de guardarla, con los pastores de verdad.

Así también en las églogas de Garcilaso el campo es perfectamente arcaico. Vedlo en la Egloga Primera, la del "dulce lamentar de dos pastores"

cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.

Las ovejas tampoco pertenecen a los prados de este mundo, como se acaba de ver. De ahí que se olviden de pacer, atentas a las endechas de los zagales. La naturaleza toda está llena de simpatía a su vez hacia el hombre. El zagal puede decir, y es verdad:

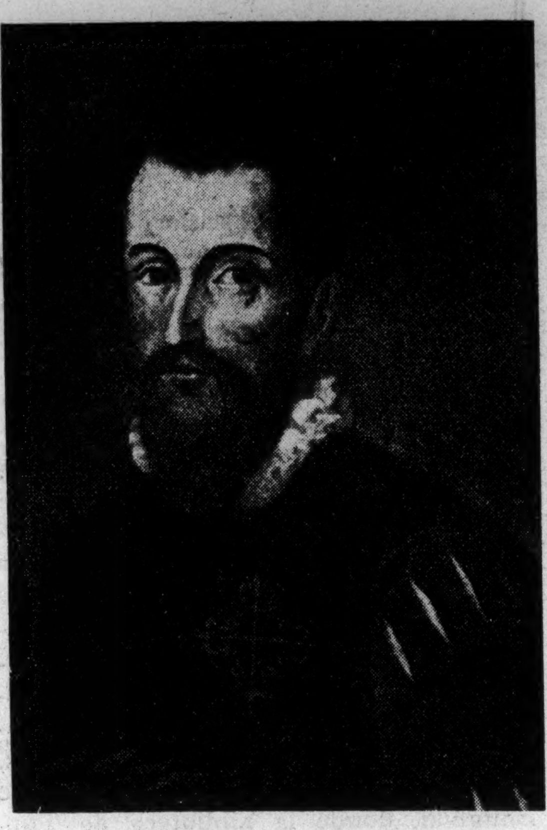
Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan;
los árboles parece que se inclinan;
las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen
y mi morir cantando me adivinan.

Hasta las fieras se comportan con el hombre como en los tiempos de Saturno:

Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.

Suspira y llora Salicio al terminar su canto, y entonces

queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pasada voz retumba y suena.



Garcilaso de la Vega

En cuanto al ruiseñor, a compasión movido:

dulcemente responde al son lloroso.

Otro tanto acaece con el dolor del zagal compañero. Muerta Elisa, el campo que ayer echaba profusas flores, se cubre ya de abrojos:

Produce agora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable;
yo hago con mis ojos
crecer, llorando, el fruto miserable.

Ese dolido Salicio, recostado al pie de una alta haya, junto a una clara corriente, y ese otro Nemoroso que llora Elisa, de todo en todo se asemejan a dos pastores de aquellos de la divina edad.

La musa ha roto la frívola malla de los versos de cortesanía y ha volado a los campos en alas del endecasílabo. En el ambiente áulico se sofocaba, se moría. La trivialidad era su mal. Huía, pues, como quien busca salud, de aquellas falsas sutilezas de amor, de aquel fingido jardín que sólo abría florecillas de papel pintado, y se acogía, libre al fin, a la primavera de las églogas. No era aún la primavera de verdad, pero ¡qué alegría y qué gloria entretanto respirar el aire mismo en que Teócrito fué feliz para dicha del mundo!

Tan dichosas son las musas de Garcilaso que hasta se olvidan de Dios. Curioso, extraño olvido para tales tiempos. Lo único cierto es que son felices y que se acuerdan de las mejores cosas de Grecia, y bailan y cantan y juegan en uno de los grandes amaneceres de la historia

Por lo demás — ya lo dijo el divino Herrera — Garcilaso dispone con arte y juicio. Sus versos están llenos de lumbres y colores, y son — tan llanos, abiertos y corrientes—ricos en ornato poético donde lo pidan el lugar y la materia. Bien harán las musas de acudir a los ecos de su zampoña. Garcilaso es un renacentista perfecto y un pagano cabal. Vive y reina en la plenitud de una serenidad maravillosa: serena su ama; sereno el mundo al conjuro de su verso. Es soldado, capitán de Carlos V, pero sobre el estruendo de las batallas sabe hallar la senda de la única paz. Tal el perpetuo milagro de Garcilaso. Y acontece otra vez como en el tiempo clásico: El hombre está solo de nuevo frente a la pura naturaleza. Hora de caramillo y de murmullos de campo alternados de rumor de hojas y de aguas. Hora de estarse como Salicio a la sombra de las hayas o de cantar con Nemoroso:

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas...

Diríase que la naturaleza ha sentido el conjuro del verso nuevo. Si alguna vez conoció la tempestad se ha olvidado de ella. Duerme, sueña. Duerme y sueña en montañas, llanuras y bosques. ¿Y el verso? El verso es como una tristeza de flauta en la soledad, y nada más.

Es casi aquello de Grecia otra vez. O quizá mejor, pues ahora tenemos la gente del Renacimiento. Gente la más simpática que haya habido nunca en el mundo. Más, mucho más que la ateniense, porque se añadió este encanto: la mujer como igual, y esta gracia completamente intacta: la devoción amorosa. Añádase que son días de buen esperar. La sociedad confía en el hombre, y el hombre en las estrellas. El sensualismo de los tiempos no es triste todo como suele ser sino barro florecido. Se viven, bajo Carlos V, los últimos días posibles ya, de la tolerancia y la confianza pública. Pero ¡cuán conversables son todavía los tiempos!

En cuanto a Garcilaso, es hombre de lira y de espada: el más gallardo, el más hermoso, el más valiente, el más cortés. Es poeta y es músico. Toca la vihuela y canta. Sabe clásicos. Hace frescos epigramas en latín. Estuvo en Roma. Ama; amó... Su vida privada, en materia de amor, no es un dechado de domésticas virtudes, pero ofrece en cambio un hermosísimo caso de petrasquesca fe. Pero ya terminamos. Los pormenores de su vida, ni aun siendo los amorosos,

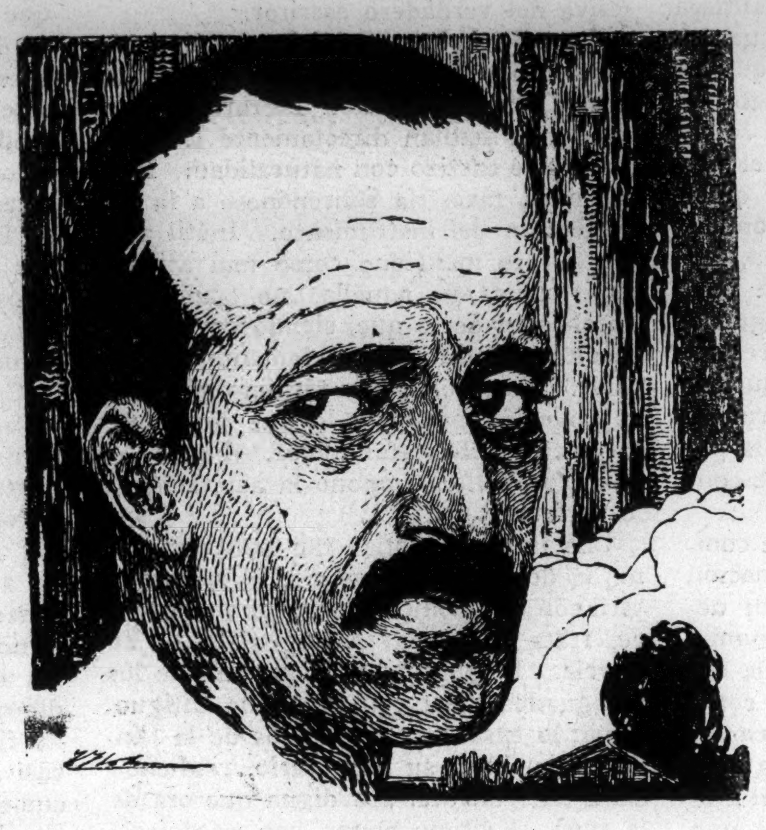
(Pasa a la página 348)

"Don Segundo Sombra"

de Ricardo Güiraldes

= De *Atenea*. Concepción, Chile =

La novela cuyo es el título de estas líneas, pertenece a la familia del Facundo y del Martín Fierro. No digo que es como ella — toda comparación, ya se sabe, apareja lo inexacto a lo odioso—sino que es de entre ellos por la índole generosa y la gallarda valentía. Llena una página, en blanco hasta hoy, de la vida gaucha, que no por ser más humilde en ella cede a los otros como humano interés. Describe la formación del trabajador rural de nuestra campaña ganadera, o sea lo que es el gaucho y lo que siempre fué, salvo excepciones episódicas: el "hombre de pampa y de huella", como dice con vigoroso acierto el propio autor, acomodado por temperamento a su tarea combatiente y vagabunda. Pues toda ella consiste, si bien se ve, en dominar el ganado y en arrearlo con baquía, mediante un complicado sistema que participa de la sabiduría y del arte.



Ricardo Güiraldes

Siendo aquella índole profundamente individual, como que de ella proviene el amor a la vida errante, que toma a la pampa entera por suya, con andarla sin cesar sobre los caminos sin dueño, cada uno de esos hombres debe bastarse en todas las situaciones determinadas por ella, constituyéndose, así, al poder exclusivo de su ingenio y de su energía, una educación completa que abarca en su sencillez, resaltante de su estricta aplicación al objeto, cuanto ha menester el hombre para vivir la vida integral, desde el pastoreo, hasta la medicina, y desde la esgrima hasta la música

En su género, pues, el gaucho completo, que nada tiene, por cierto, de excepcional, es un pozo de ciencia; vale decir un hombre que en todos los casos, sabe lo que debe hacer.

Como lo aprende por sí mismo y en sí mismo, a costa de trabajos, que recuerdan el imperioso dolor de una labra en piedra, el gaucho es natural y enteramente dueño de sí mismo. Y como la libertad consiste en poseerse, no en poseer, forma un tipo de hombre libre, que es la cepa genuina de nuestra raza y que caracteriza ya nuestro predominante individualismo.

A diferencia fundamental del hombre urbano: fracción social o pieza de máquina, aquél constituye una entidad indivisible, que coopera en la formación de la patria, hasta el sacrificio, si es menester, pero sin perder nunca su unidad voluntaria.

De ahí proviene su mesurada hidalguía, pronta a la aceptación de cualquier superioridad, pero igualmente dispuesta a resistirla si amenaza trocarse en humillación. Nobleza y libertad son sinónimos en el alma. Y con esto arraiga en ella la seguridad que torna fácil la simpatía. Ingenio y valor, resultan, a su vez, las condiciones naturales de la vida que así debe lograrse, constituyendo, de suyo, una selección que representa un triunfo sobre Hombres y Naturaleza.

Tipos así forman los pueblos heroicos, lo que no significa, precisamente, guerreros, sino animados de voluntad triunfal. En la cepa gaucha entroncarán, pues, con ventaja las razas fuertes y concordes, que nos conviene atraer, puesto que ella está intacta por ventura. El carácter gaucho no ha desaparecido. Se ha adaptado, como el país, a las nuevas condiciones de la civilización, lo cual prueba que es capaz de subsistir en ella. Y, en consecuencia, de sobrevivir con la patria, tan argentina como él. Si el gaucho no es agricultor, ni artesano, nadie lo supera en la faena agrícola, ni en el manejo de utilería y maquinaria, cuando adopta esas tareas poco interesantes para él. Pero, ahí, mejor que en su predilecta actividad ganadera, se ve cuánto vale aquella educación práctica para la vida integral. Esta última es, en su sentir, el desempeño natural del hombre, o sea, aquello a que aspira todo ser humano, digno de su condición.

No cree, así, realizar, con ello nada extraordinario. La noción de la vida, como un acto de dominio, permanente, es herencia del antiguo conquistador, cuyo mismo idioma conserva en su castellano arcaico y sabroso. Posee el concepto exacto de que el heroísmo es una virtud triunfal, o mejor dicho, la voluntad de vencer; no un agente pasivo de la adversidad. Su estoicismo no es resignación a la impotencia, ni firmeza sustentada en el concepto purgatorio del dolor, sino viril aceptación del destino; una forma elevada de la dignidad. De ahí su serena indiferencia religiosa. Morir, significa para él concluir el desempeño de la vida, perder un lance o salvar el honor; es decir un episodio que corta la existencia, pero que no la determina con proyección trascendental. Fatalista, pues, o sea uno que ama y vive la vida misma, tal como puede vivirla según sus posibles, disfruta su libertad con amor de artista, es decir, sin sacrificarla a ningún temor consecuente o previsible. Por esto, no se preocupa de atesorar, ni le pide al trabajo más que el costo de su día. El encanto profundo de su vida errante—otro legado del conquistador—, está en la posibilidad cotidiana de la aventura. No hay, sin embargo, mendicidad ni parasitismo en la campaña. El gaucho sirve siempre de algo y puede ganarse su parca vida hasta pisar la senectud. Su educación para el desempeño integral, explica una y otra cosa.

El libro de Güiraldes es la descripción de una de esas vidas. Pero, digo mal. Descripción significa estudio de afuera para adentro, o sea lo que han realizado más de una vez otros y yo entre ellos. Don Segundo Sombra como Martín Fierro, es el gaucho mismo. Representa en prosa lo que aquel otro en verso, una vida viviente. Y aquí estriba desde luego, su importancia nacional.

Lo propio que el del poema mencionado, el protagonista de la novela cuenta su historia en su propio lenguaje. Es un bastardo, que su protector, don Fabio Cáceres, arranca a la madre, en la primera infancia, para entregarlo a dos tías santurronas, con el objeto de darle educación en la escuela del pueblito donde ellas viven, pues aquél reside habitualmente solo en su estancia. Dicha bastardía, que es la condición novelesca conducente al desenlace explicatorio de la misma narración personal, acentúa la formación individual del protagonista, tristemente aislado en un verdadero desamparo de cariño. Pues lo cierto es que las tías, a quienes desagrada en extremo su índole aventurera, sólo se ocupan de enseñarle a rezar, enviándolo sin mayor interés a la escuela, que abandona al cabo de tres años, para tornarse uno de los chicuelos azotacalles de la población, donde la vagancia le transforma con precocidad el ingenio en picardía.

Mientras tanto, su protector ha desaparecido, sin que él comprenda por qué;

pero aquella ausencia acaba con las únicas muestras de afecto que, de cuando en cuando, recibía su orfandad. Su simpatía vacante, hállase, así, pronta a dejarse ganar por la primera admiración que le subyugue la voluntad levantisca y mañosa. En eso ocurre su encuentro casual con el perfecto gaucho que es Don Segundo Sombra, a quien acaba de prestigiar ante él un episodio de romanesca valentía. Apegado desde el primer momento a ese hombre, en quien adivina por instinto una correspondencia cariñosa, que la reserva gaucha, manifiesta apenas abajo la forma de consentimiento tácito, fúgase para seguirlo, adopta a su arrimo la vida del resero, que es, por cierto, la suya, y conduciendo reses adquiere a la vez paternidad adoptiva, oficio y carácter, o sea, la posesión completa de sí mismo en que consiste la verdadera libertad.

La novela es eso. Un relato, sin complicaciones de la indicada formación física y moral, en el desarrollo, por decirlo, así, rectilíneo, del propio rumbo pampeano. Protagonistas y paisaje determínanse, pues, recíprocamente, constituyendo la poderosa unidad que caracteriza, desde luego, a la obra lograda. Tras algunos años de vida común, el muchacho recibe un día la noticia de que como hijo natural de don Fabio, su protector, quien acaba de fallecer, hereda sus campos y estancia, hallándose, así, rico y patrón de la noche a la mañana. La nueva posición indúcelo, poco a poco, a instruirse como es debido, lo cual explica con acierto, su capacidad de narrar, su sensibilidad a la emoción artística, de episodios y paisaje, y la adopción del idioma gaucho en que saldrá más propia, por la mayor intimidad del recuerdo, su expresión ya literaria. Pues la adquisición de la cultura mental, no ha destruído en su alma el cariño gaucho que define su sensibilidad y caracteriza su estilo.

Realizarlo con maestría apenas discutible en una que otra expresión, demasiado literaria, quizá, venciendo la doble paradoja, estética y psicológica que resulta de semejante situación, revela un alto temperamento de artista. Y lo realza mejor, si cabe, la otra dificultad —honrada, pero tremenda dificultad—de conservar el interés, más que permanente, vivísima, sin acudir a ningún recurso del oficio o de la fábula, en una serie de cuadros episódicos, reducidos a tres elementos pobres: el rasgo directo, lo que es decir fotográfico, el diálogo y la metáfora objetiva, o sea el modo más primitivo de comparar. Es el procedimiento de la poesía, llevado a la prosa, vale decir, con la desventaja esencial de la suplencia, que sólo a fuerza de temperamento puede salvar el escritor... Pero ello significa también el triunfo de la calidad pura, en que consiste la genuina excelencia de la sazón frutal. Y el riesgo de no tener alternativa entre la belleza lograda y la afligente trivialidad; entre el equilibrio sutil del pájaro que se sostiene volando y la revolcadura del pelele despatarrado; entre la gallarda naturalidad y la afectación ridícula. Conseguirlo en cerca de cuatrocientas páginas desarrolladas de un tirón, sin fábula ni sorpresas, es un esfuerzo triunfal nunca igualado, entre nosotros. La prueba decisiva del verdadero escritor.

Tanto así, que su idioma es limitado y defectuoso, bajo el aspecto gramatical, o sea como expresión literaria; pues, cuando lo hablan directamente los gauchos, sale castizo con naturalidad. Pero la innata maestría sobrepónese a la imperfección del instrumento. Inútil añadir que lo menciono como una afirmación crítica de aquélla, no como una aprobación de lo que, siendo corregible, resulta estética y honradamente inaceptable. En arte no hay término medio ni capitulación posibles: lo que puede estar mejor debe estar mejor. Porque el deber de belleza impone la aspiración a lo perfecto.

Una índole artística tan poderosa como la de Güiraldes, merece la severidad viril con que Sombra, el gaucho de bronce, trata al mismo protagonista de su novela. El perdón es la piltrafa de los menguados. Por esto, el héroe antiguo, según lo enseñan los modelos de la Ilíada, ultimaba a su adversario, rindiendo así a esa valentía, por digna que era de la suya, el último honor, con no dejarla sobrevivir derrotada. Cuando Héctor cae, vencido por Aquiles, no es la vida lo que le implora, sino la honra póstuma que ultrajarían los perros. Quien ha nacido artista de la palabra, tiene el deber de formarse escritor. Es la exigencia a que los demás tenemos derecho sobre el talento. Porque éste es una virtud dominadora, y no podemos consentirle que nos subyugue sino con armas templadas a la perfección.

Entre tanto, la calidad sigue imponiéndose en las páginas de ese libro hermoso y fuerte. Tratado, diremos así, a la manera de los pintores, es una serie de cuadros sin continuidad aparente; pero su unidad como la de la vida, que constituye, en suma, una colección de episodios, consiste en vivir. Y ahí está el secreto de su prestigio irresistible. Lo que interesa en él es lo que va viviendo, no lo que va contando el autor. Esto es el desiderátum mismo de la obra de arte. Nada más difícil de conseguir por medio de la escritura, que no representa directamente a la Naturaleza, como las artes plásticas, ni despierta de igual modo la emoción, como la música, sino que tan sólo evoca. Güiraldes posee el más alto grado ese don en que todo el escritor se manifiesta con síntesis natural, como el pájaro en su canto.

Cuando se dijo que pintaba bien las cosas campestres porque las conoce bien, confundíase el don de pintar con los menesteres de la pintura.

No, a buen seguro. Pinta bien el campo, no porque lo conozca, sino porque es artista. Cuántos habíanlo conocido antes, con igual perfección, sin pintarlo nunca. Ni es verdad que saber mucho las cosas induzca al arte. Leonardo dibujó como botánico millares y millares de flores; y en su pintura, la flor está casi ausente. Las más notables que recuerdo son, por cierto, las azucenas convencionales del ángel de su Anunciación. Boticelli, que no sabía botánica, fué un divino pintor de flores.

Insisto en decir pintura, pues repito que es pictórico el sistema descriptivo de este autor, así como su procedimiento es poético. De aquí, sin duda, su intensidad simpática.

Muchos de aquellos cuadros son magníficos en sí, y más de uno quedará clásico.

Así el de la lluvia sobre el primer arreo (cap. IX), el del baile (cap. XI), el de la riña de gallos (cap. XIII), el del embrujado (cap. XV), el del rodeo (caps. XVI y XVII), y en este último los del cangrejal y la lucha con el oro...

Por último, los de la carrera (cap. XX), la doma de potros (cap. XXII), el duelo a cuchillo (cap. XXIII) y el último arreo (cap. XXIV). Son, también, de mencionar los cuentos, sobre todo, el segundo (cap. XXI).

Y los caracteres. Con ser todos hombres del mismo oficio primitivo y monótono. No hay uno solo entre tantos—pasan de veinte—cuya personalidad no cause vivo interés. Basta describirlos exactamente como son, para que cada uno vaya imponiéndonos su poderosa individualidad; o, lo que es igual, el generoso encanto del hombre libre. La lealtad del lenguaje con que nos lo dice y nos lo hace hablar el autor, acentúa esa simpatía. Su sabor de veracidad familiar tiene gusto a patria.

Otro rasgo importante, y bien gaucho por cierto: la mujer apenas cuenta, episódica y como apagada en la vigorosa sombra varonil; más bien temida que deseada por aquellos hombres cuya dura vida retráelos en una especie de bravía honestidad. Faltan, asimismo, con veracidad no menor, el vicio y la política, que apenas se insinúa en su ridícula ba-

jeza, ante el sarcástico abandono con que el gaucho siempre la vió. Periódica suciedad que pasa en el vasto soplo de aquella vida a campo raso, como una basura en la punta del viento. Hasta en eso es argentino y actual este libro noblemente consolador.

Pues lo que infunde sobre todo, es la confianza en el carácter nacional, que parece estar resonando con genuino timbre de bronce. Paisaje y hombre ilumínanse en él a grandes pinceladas de esperanza y de fuerza. Qué generosidad de tierra la que engendra esa vida, qué seguridad de triunfo en la gran marcha hacia la felicidad y la belleza. Y qué éxito tan justo el del artista que ha sabido evocarlo. ¡Esto sí que es cosa nuestra y de nadie más, en la absorción absoluta de los grandes amores! Patria pura, diré, así, como quien refiere la calidad del vino en que también se substancian el frescor del pámpano, y el tenor del sarmiento; patria pura, hasta desdeñar por instintiva elevación los fáciles gracejos con que el gauchismo de arrabal nos despacha al comisario y al gringo. Igualmente ajena al suburbio de la nueva Salónica, en que los mestizos del alma y de la sangre sueñan inaugurar el paraíso de la canalla, y a la trastienda clandestina de las mixturas de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y las vanguardias sin ejército, adereza el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria. Unos al fin con los sin patria en la negación de un fracaso idéntico.

Estas realizaciones de belleza genuina, de fecundidad natural, de salud sin recetario, de vida triunfante, en suma, son otras tantas afirmaciones de patria. Crear, no formular; poner todo el temperamento, a lo que dé, en la gran corriente vital, no en el cuentagotas del escamoteo equívoco; vencer a todo el rigor del esfuerzo, como en la doma pampaneana, no a hurtadillas de la materia rebelde; templar por derecho, diríamos en lengua de payador; eso es saber triunfar, saber amar, saber vivir, saber portarse como hombre y como artista.

Leopoldo Lugones

Estampas

Creíamos en la "República de trabajadores..."

Borremos la imagen engañosa de una España de cromo

= *Colaboración* =

Ruso soviético, judío, escritor de pluma áspera, eso es Elías Eremburg recorriendo España para estudiarle sus problemas y su capacidad creadora. Desde su niñez tuvo el anhelo de este recorrido. Proclaman los amantes de la libertad la "República de trabajadores" y Eremburg, siente la atracción fuerte. España tumbó la monarquía y proclamó el régimen republicano. El Soviet entrega pasaporte al súbdito andariego. Con él entrará sin molestias a la tierra que ha hecho de los trabajadores el símbolo de su era futura. Pero la República sigue servida por monárquicos El cónsul en París sirvió al rey y disputa con el Embajador de la República. No quiere visar el pasaporte soviético. Para algo sirvió aquel cónsul al rey. Por fin, después de cuatro meses de espera, Eremburg puede conseguir que quede "zanjado el conflicto entre el cónsul monárquico y la República española".

Entra a España y la recorre en todos sus confines. La observa y medita. ¿Existe la República? ¿La Monarquía desapareció? ¿Los trabajadores están en su función constructiva del nuevo régimen? La áspera pluma de Eremburg describe una España estancada. Sólo ha habido un cambio de nombres. "En las fachadas de los palacios—refiere—cuelgan unos trapos de colores tapando las coronas de la monarquía. En los sellos de Correos la efigie del rey aparece cruzada por la inscripción: "República". En el rótulo del hotel Reina Victoria han borrado la palabra "reina". Victoria se ha convertido en una heroina de Knut Hamsum o en una orquídea. En otro hotel el Alfonso XIII, han quitado los números. Ha quedado "Alfonso" a secas... La República tapó las coronas con trapos, cambió los nombres de unas cuantas calles, mudó la decoración, pero los actores siguen siendo los mismos: ni siquiera han tenido que aprenderse nuevos papeles".

Hace apenas dos meses que hemos leído las páginas sobre España del judío Eremburg. Creíamos en la "República de trabajadores" y cada capítulo nos dejaba vacilación. Algo debe exagerar este escritor, nos decíamos, y posiblemente los contratiempos que tuvo en París por la terquedad del cónsul monárquico lo hicieron escéptico. Manera simplona de juzgar la obra de un escritor honrado. Hoy lo reconocemos y hemos vuelto a releer el relato vivo y penetrante. Eremburg ha dicho lo que es España.

Cambió la decoración simplemente. Las elecciones populares recién celebradas justifican a Eremburg. Lo que pasa por revolución de abril de 1931 no es más que la revuelta para que los actores monárquicos vistieran traje republicano. La monarquía ha vuelto estúpido a un pueblo. De esa estupidez no sale con proclamas. Siglos de ignorancia perpetua no se desarraigan con permitir al monarca su salida pacífica. Hay que conmover la conciencia popular que es grande en España. La tarea cuesta, porque el medio es duro. La "República de trabajadores" que la aspiración de un idealista español hizo estampar en la Constitución no es una realidad. Ni siquiera se ha convertido en aspiración de los que pertenden servir a esa República. Fué la decoración lo que cambió nada más. Eremburg vió España de un extremo al otro y pudo decir que nada ha cambiado. Las elecciones de estos días han dado sufragio crecido a los monárquistas que desde los puestos de la República defienden al rey. Los actores desempeñan su papel sin peligros. La República no es un estorbo para trabajar por el régimen que los disturbios urbanos dejaron sin poder aparente. Ese régimen volverá

Volverá porque nada se ha hecho por ahondar en la vida de la nación los beneficios de una República sostenida por gente sin visión, sin fuerza, apegada a tradiciones retardadoras. No pretendemos llevar nada a la "República de trabajadores" que es hoy España. Comentamos las afirmaciones de Eremburg contrastándolas con el resultado de las elecciones populares que van poco a poco dando la llamada al rey ausente. Creíamos que la República estaba transformando la vida de España. Pero esa vida no ha sido perturbada y sigue en su estancamiento. Las Cortes recogieron a los creadores de la República y desde ellas han revelado lo que es para el español dirigente esa República. Eremburg siguió el trabajo de esas asambleas deliberantes y las juzga con profundo espíritu crítico. "La poesía española—dice—ha sabido combinar siempre el realismo más cruel con la mística más abstracta. Las Cortes resultaron en esto más limitadas. Renegaron completamente del realismo. Antes de las elecciones, los propagandistas de los distintos partidos—el radical, el radical socialista o el socialista a secas—procuraban engañarse mutuamente delante de los electores. Y como los electores eran campesinos, y además campesinos hambrientos, todos los agitadores les prometían la tierra. Esto era de un realismo cruel. Pero detrás de esto vino la mística. A un pueblo que quema conventos se le puede contentar fácilmente desenmascarando al intrigante y pérfido jesuita. Los oradores parlamentarios hablan del triunfo de la razón libre, de las intrigas de las distintas órdenes religiosas, de Torquemada, de Galileo. Luego pasan al tema del amor. Para que el amor triunfe, es indispensable la libertad del divorcio. Discursos sobre la fuerza de los sentimientos, citas de la literatura clásica. En seguida, se embelesan con el panegírico del idioma castellano: la lengua de Cervantes y de Lope de Vega... Más tarde, envían saludos a las Repúblicas hermanas de la América latina. Por fin, vuelven a pisar un momento sobre la tierra; pero no se trata, ni mucho menos, de la tierra prometida a los campesinos... Va transcurrido medio año desde que estas Cortes comenzaron a funcionar. Muchos opinan que ya es bastante y que ha llegado la hora de disolverse. En cuanto a la tierra, los señores diputados no han

tenido tiempo todavía de ocuparse de esa minucia..."

Allí está la asamblea que ha construído la "República de trabajadores", asamblea de hombres llenos de impulsos líricos que tienen la vida rota, según la expresión grande de Eremburg Se ha entregado a una generación vencida la obra que exige espíritu nuevo. El resultado es esa República vacilante que ha redondeado Constitución y leyes para ornamento nada más. Los problemas hondos de España siguen sin trato superior, visionario. El sufragio crecido de la reacción monárquica revela que para la masa no existe diferencia entre lo que hacía la anacrónica y estúpida monarquía y lo que proclama la "República de trabajadores". Y es mentira que sin educar para la obra constructiva a las inmensas poblaciones ignorantes sea posible estabilizar un régimen renovador. Las Cortes no han podido hacer por España lo que los tiempos nuevos piden. Han sutilizado los representantes con una oratoria desparpajada. La áspera pluma de un ruso inconforme amante de España ha recogido cada parte para decir al español que lo han defraudado, que el escenario sólo ha cambiado de decoraciones para que los mismos actores continúen moviendo lengua y manos en una comedia ruinosa y miserable.

Eremburg escribió este libro tremendo "España, República de Trabajadores" para afirmar su fe en un pueblo de inmensas virtudes. No quiere acabar sino con el farsante español, con el explotador sin conciencia para quien España siempre es el feudo que da jugo y riqueza con qué poder vivir él desvergonzadamente. El pueblo español tiene toda la admiración de Eremburg. Lo conoce en su entraña y dice en su alabanza: "No encuentro palabras para cantar como se merece la pobreza noble de España, la de los campesinos de Sanabria, la de los jornaleros de Córdoba y Jerez, la de los obreros de San Fernando y de Sagunto, la de los desamparados que en el Sur cantan canciones lastimeras, la de los pobres que en Cataluña bailan las gentiles sardas, la de los que se hacinan ahora en las cárceles republicanas, la de los que luchan y sonríen, la del pueblo, en fin, pueblo severo, valiente, cariñoso. España no es Carmen, ni son los toreros, ni es Alfonso, ni Cambó, ni la diplomacia de Lerroux, ni las novelas de Blasco Ibáñez... No, España son veinte millones de Quijotes andrajosos y un montón de rocas estériles, aleado todo con una amarga injusticia... España es la bondad innata, el amor al prójimo, la caridad"

Esa España no la han encontrado los hombres de la República, porque les ha faltado el espíritu grande de un Eremburg. Pero no a todos, es cierto. Hay gente de visión honda que pide la acción propicia. Mas es gente aislada, sin poder para hacer de sus ideales la fuerza revolucionaria que redima a la España grande, que es la España que no deja surgir el sufragio brutal de la regresión monárquica y clerical. Pensamos en esta España que nos trajo en sus páginas el judío Eremburg borrándonos la España de cromo que el letrero "República de trabajadores", nos había estampado. No es por fortuna, la "Madre España" que los monárquicos difundieron por estos pueblos para crear la superstición de un pueblo redimido de miserias. Es simplemente España, la sumida en toda suerte de infortunios por las castas detestables que la explotan desde hace siglos. La traicionada por el fariseísmo monárquico parapetado en todos los puestos de la "República de trabajadores". Esta España asolada es la que sentimos vivir angustiosamente. La han tapado; pero un ruso inconforme que desde niño vislumbró la grandeza que ella tiene, la recorre siguiendo el itinerario que su espíritu le marca y la presenta en su realidad creadora. No podrá matarla la traición del político vencido. Esa casta perniciosa será devorada.

Borremos la imagen engañosa de una España fingida meditando el relato de Eremburg, ruso y judío soviético. Pidamos que venga para esa España la revolución cierta, la que ya no tiene monarca que dejar huir, la que sufre explotaciones y padece hambre, la que sumida en la ignorancia tiene fuerza para levantarse y crecer. Elías Eremburg ha hecho el más grande de los servicios que España puede recibir de los que la quieren como guía.

Juan del Camino

Costa Rica y Diciembre del 1933.

Garcilaso...

(Viene de la página 344)

nos detendrán. Ni siquiera nos detendremos a considerar su muerte de soldado al pie de la torre de Frejus. Nos basta en verdad con sus versos "trobados en estilo pastoril". Nos basta con sus églogas donde todo se amansa al correr del aire bucólico:

¡Oh, qué discordia no será juntada!

Es casi otra vez, repitámoslo, aquello de Grecia, y aquella su serenidad beatísima. Un estado de serenidad dulcemente dormida en que se siente lo eterno, en que la eternidad está vibrando. ¡Sabiduría de las cosas serenas! La violencia en la naturaleza o en el hombre es inevitablemente efímero; fuego que a sí propio se devora y acaba. Nadie la hallará en las églogas: que su serenidad es perfecta. En medio de esta perfecta serenidad el alma dice su secreto de amor, escondida en figura de pastor arcádico y hablando como en tercera persona. Singular desdoblamiento. Como en ciertos sueños lúcidos, el alma sabe que sueña y que no.

Y esto es lo más celestial de las églogas.

Arturo Capdevila

Salidas de Aldous Huxley en la novela "Contrapunto"

—Sí, sí. Hay algo peculiarmente vil innoble y corrompido en los ricos. El dinero produce una especie de insensibilidad gangrenosa. Es inevitable. Jesús lo comprendió. Aquel pasaje acerca del camello y el ojo de la aguja es la simple exposición de un hecho verdadero. Y recuerde aquel otro pasaje acerca del amor al prójimo. Si sigo por este camino me tomaría usted por un cristiano —añadió a modo de excusa.—Pero hay que dar al César... Jesús tenía buen sentido; sabía comprender las cosas. El trato de vecindad es la piedra de toque para conocer a los ricos. Los ricos no tienen vecinos.

—Pero, diablos, ellos no son anacoretas.

—Pero no tienen vecinos en el sentido en que los tienen los pobres. Cuando mi madre tenía que salir, la vecina de la derecha, Mrs. Cradock, cuidaba de nosotros los chiquillos. Y mi madre hacía lo mismo por ella, cuando Mrs. Cradock tenía que salir a su vez. Cuando alguno se rompía una pierna o perdía su empleo, los demás le ayudaban con dinero y provisiones. Recuerdo muy bien el día en que, siendo aún muy pequeño, se me envió por la aldea en busca de la enfermera, porque la joven Mrs. Foster, nuestra vecina de la izquierda, había sentido de pronto los dolores del parto antes de lo que ella había calculado! Cuando se vive con menos de cuatro libras a la semana no le queda a uno más remedio que portarse como cristiano y amar a su vecino. Desde luego, no se puede aislar uno de él; lo lleva uno del brazo, por así decir. No vale ignorar su existencia con filosofías ni refinamientos. No hay término medio: se ama o se odia; y, a fin de cuentas, es preferible tratar de amar al vecino, porque puede ocurrir que necesite uno su ayuda en un caso apurado, y que él necesite la nuestra; y esto, a veces con tanta urgencia, que no es posible rehusarla. Y puesto que **debe** uno prestarla ya que, si es uno un ser humano, no podrá negarse a hacerlo, será mejor hacer un esfuerzo por amar a la persona que, de todos modos, estaba obligado a auxiliar.

Walter asintió con la cabeza.

—Es evidente.

—Pero ustedes los ricos—continuó el otro,—ustedes no tienen verdaderos vecinos. Ustedes no ejecutan jamás un acto de buena vecindad ni esperan que sus vecinos tengan para ustedes el pago de una buena atención. No es necesario. Ustedes pueden pagar a las gentes para que se ocupen de sus cosas. Ustedes pueden alquilar criados para que les finjan benevolencia mediante tres libras mensuales y la comida. No necesitan que Mrs. Cradock, la vecina de al lado, se encargue de sus niños mientras permanecen ustedes fuera. Tienen ustedes niñeras e institutrices que lo hacen por



dinero No, en general, ni siquiera tienen ustedes conciencia de sus vecinos. Viven alejados de ellos. Cada uno vive aislado en su propia casa secreta. Pueden ocurrir no importa qué tragedias detrás de los postigos; los vecinos de al lado no se enteran de nada.

—A Dios gracias!—exclamó Walter.

—Pues sí que pueden ustedes darle las gracias! El aislamiento es un lujo enorme. Muy agradable, estoy de acuerdo. Pero el lujo se paga. Las personas no se conmueven por los infortunios que desconocen. La ignorancia es una dicha insensible. En una calle pobre no se puede ocultar la desgracia. La vida es demasiado pública. Los sentimientos de buena vecindad permanecen en constante ejercicio. Pero los ricos no tienen jamás ocasión de conducirse como buenos vecinos con sus iguales. Lo más que pueden hacer es sentir una sensiblera compasión hacia los sufrimientos de sus inferiores, que jamás pueden llegar a comprender, y mostrarles una protectora condescendencia. Horrible! Y eso es, sin embargo, lo mejor que pueden hacer. Cuando hacen lo peor son... como esto—señalando el salón lleno de gente—. Son... Lady Edward, el último círculo del infierno! Son... su hija...

Illidge hizo una mueca y se encogió de hombros.

Walter escuchó con una tensa y torturada atención.

—Condenada, arruinada, irrevocablemente corrompida—continuó Illidye como un profeta acusador.

Hacía falta organización, fuerza, disciplina. La batalla no podrá librarse ya constitucionalmente. Los métodos parlamentarios eran perfectamente adecuados cuando los dos partidos estaban de acuerdo acerca de los principios fundamentales y sólo discrepaban respecto a detalles insignificantes. Pero cuando los principios fundamentales estaban en peligro no se podía permitir que la política continuase siendo tratada como un juego parlamentario. Había que recurrir a la acción directa o a su amenaza.

—Yo he estado cinco años en el Parlamento—dijo Webley—. El tiempo suficiente para convencerme de que el parlamentarismo no tiene nada que hacer en nuestra época. Es como querer apagar el fuego con palabras. Inglaterra sólo puede ser salvada por la acción directa. Cuando esté salvada podremos volver a pensar en el Parlamento. (Y tendrá que ser algo muy diferente a esta ridícula colección de ricos elegidos por el populacho). Entretanto, no queda sino prepararse para la lucha. Y, preparándonos para la lucha, es posible que obtengamos una victoria pacífica. Es la única esperanza. Créame a mí, lord Edward, es la única esperanza.

Su admiración no cabía en palabras.

Illidge se encogió de hombros. "Veladas, música, ciencia: distracciones alternativas para los ociosos. El que paga, escoge. Lo esencial es tener con qué pagar". Y rió con amargura.

Illidge odiaba más a los ricos por sus virtudes que por sus vicios. La glotonería, la pereza, la sensualidad y todos los productos más desagradables del ocio y de una renta asegurada... se los podía disculpar por ser deshonrosos. Pero el desinterés, la espiritualidad, la incorruptibilidad, la finura de sentimientos y la exquisitez de gusto..., éstas eran generalmente consideradas como cualidades dignas de admiración: he ahí por qué él las detestaba tan particularmente. Pues estas virtudes eran, según Illidge, tan fatalmente el producto de la riqueza como la saciedad y el desayuno a las once.

"Estos burgueses—criticaba—se pasan la vida brindándose mutuamente ramilletes por su desinterés: es decir por tener suficiente de que vivir sin verse forzados a trabajar ni a preocuparse por el dinero. Y luego hay otro ramillete más por poder permitirse rehusar una propina. Y otro más por tener dinero suficiente para comprar el aparato de un refinamiento cultural. Y todavía otro más por tener tiempo que consagrar al arte, a la lectura y al amor complicado y sibarítico. ¿Por qué no tienen la franqueza de decir, sin embargo, lo que implícitamente dan a entender: a saber, que la raíz de toda su virtud consiste en una buena colocación de dinero asegurada al cinco por ciento?"

—Sí, hasta la guerra—dijo Rampion—. Fué una atrocidad domesticada. Los hombres no fueron a batirse por un man-

dato de la sangre. Fueron porque se lo ordenaron; fueron porque eran buenos ciudadanos. "El hombre es un animal de combate", como tanto gusta de decir su padrastro en sus discursos. Pero lo que yo le reprocho es que sea un animal doméstico.

—Y que se hace más y más doméstico cada día—dijo Mary Rampion, que participaba de la opinión de su marido, o acaso fuera más exacto decir que participaba de la mayoría de sus sentimientos y que, consciente o inconscientemente, pedía prestadas sus opiniones cuando quería expresarlos—. Son las fábricas, es el cristianismo, es la ciencia, es la respetabilidad, es la educación — explicó ella—. Todo eso pesa en el alma moderna. Le extraen la vida, le...

—Estoy completamente bien—dijo vivamente; y pasó a otra cosa—. He estado releyendo a Blake. Y comenzó a hablar del **Matrimonio del Cielo y del Infierno.** Blake era un hombre civilizado—insistió—, **civilizado** La civilización es la armonía y la totalidad . La razón, el sentimiento, el instinto, la vida corporal... Blake consiguió englobarlo y armonizarlo todo. La barbarie es inclinarse de un solo lado. Se puede hacer un bárbaro del intelecto así como del cuerpo; un bárbaro del alma y de los sentimientos así como de la sensualidad. El cristianismo nos ha hecho bárbaros del alma, y la ciencia nos está haciendo ahora bárbaros del intelecto.

—Bien, todo lo que puedo hacer yo—dijo Burlap—es proporcionar un auditorio para escuchar lo que usted tiene que decir.

—Pobres diablos!, — dijo Rampion riendo.

—Pero yo creo que tienen el **deber** de escuchar. Uno tiene su responsabilidad. Por eso me gustaría publicar algunos de sus dibujos en **El Mundo.** Creo que se trata realmente de un deber.

—Oh, si es un asunto de imperativo categórico—dijo Rampion riendo nuevamente—, habrá que hacerlo, desde luego! Escoja el que quiera. Cuanto más chocantes sean los dibujos publicados, más placer me producirá.

Burlap meneó la cabeza

—Tenemos que comenzar suavemente—dijo.

Su fe hacia la vida no llegaba al extremo de poner en peligro la tirada del periódico.

—Suavemente, suavemente—repitió el otro con burla—. Ustedes los periodistas son todos lo mismo. Nada de sacudidas. La seguridad ante todo. Literatura sin dolor. Nada de extracción de prejuicios ni de ideas en su lugar, salvo con anestesia. Hay que mantener constantemente a los lectores en un estado de sueño crepuscular... Son ustedes irremediables.

—Irremediables—repitió Burlap en un tono penitente—. Lo comprendo. Pero, ay!, es preciso transigir un poco con el demonio, el mundo y la carne.

—Yo no veo inconveniente en que usted haga eso—contestó Rampion—. Lo que me duele es el modo repugnante como transigen ustedes con el cielo, la respetabilidad y Jehová. Con todo, dadas las circunstancias, supongo que no podrá remediarlo usted. Escoja el que quiera.

Burlap eligió.

—Me llevaré éstos—dijo al fin, tomando tres dibujos de los menos polémicos y escandalosos—. ¿Conformes?

(De Aldous Huxley. *Contrapunto*, novela. Traducción directa de Lino Novás Calvo. Publicaciones «Sur», Buenos Aires, 1933.)

Versos nuevos

= *Colaboración* =

LOS TRISTES

Para *Ernesto Boero Lillo*

Los tristes llevamos un algo de muerte,
el paso muy lento, muy largo es el viaje,
en la vieja hojarasca la luz no se vierte
con ser que en mi bosque jamás hay follaje.

¿De dónde venimos? ¿Qué voz aun nos nombra?
¿Qué surca las frentes? ¿Cuál es nuestro daño?
Acaso es el eco de amores de antaño...
las viejas pasiones que aun dan su sombra...

Las noches, los lagos, el gris de los mares...
son los compañeros que nos dió la suerte,
jamás nos vestimos de albos azahares,
porque el triste lleva algo de la muerte...

DE LA INDIFERENCIA

La terrible conciencia de los días,
el lento rosario de las horas,
la cosecha siempre es de letanías;
desde niño realizar la vida en horas
y los días, los días y los días...

Y saber del tiempo, y no olvidar
la partida de todo, el regreso de nada,
y luego no esperar,
porque ayer hoy y mañana
son la suma de la nada.

Cuantas cuentan ya mi mano
siempre en círculo de rosario,
la esperanza es canto anciano,
corola sin corolario...

No amar, no odiar,
nada dura de nosotros.
¿Y oficiar? ¿En cuál Altar?
¡Si nada veo en vosotros!

Max Jiménez

Costa Rica, Noviembre del 33.

LAS GRANDES NOVELAS EUROPEAS

Sobre "Contrapunto"

= De *Luz*. Madrid =

El buen gusto— y la generosidad—de las ediciones "Sur", pilotadas por Victoria Ocampo, hizo posible la aparición en lengua española de la novela de Aldous Huxley "Contrapunto". Realizó la versión nuestro infatigable compañero Lino Novás Calvo, asimismo traductor de la gran novela lawrenciana "Canguro".

Huxley y Lawrence son calificados actualmente—en el terreno de la novela—con la máxima nota. Frecuentemente van unidos sus nombres en comentarios acerca de alguno de sus libros. Pareció que entre ellos existía cierta oposición: René Lalou la dejó levemente apuntada en el prólogo a "Le serpent á plumes". Por un lado—el de Lawrence—, espléndidas orquestaciones sinfónicas; por otro—el de Huxley—, un contrapunto psicológico. "En Huxley — añade Lalou — la misma sensualidad contiene una virtualidad de abstracción; en Lawrence, las ideas generales conservan hasta la impudicia el calor del ser que las engendró". ¿Será preciso hacer constar — es bien sabido—que el lector, en general, prefiere a Lawrence, ya que en Lawrence tropieza siempre con el hombre, mientras en Huxley suele tropezar con sólo el escritor?

No creo que se opongan. Su punto de partida es muy distinto; eso es todo. Lawrence va en busca del hombre integral, le preocupan las energías fundamentales de la vida humana, frecuentemente describe las raíces últimas de cualquier impulso; Huxley prefiere manipular con el hombre civilizado, de extrema civilización; es decir, de sensibilidad hiperaguda o atrofiada; con el hombre "de sociedad", atiborrado de fórmulas antivitales, cargado de teorías prestadas que le entorpecen su ritmo auténtico, que hacen de él un juguete de las circunstancias, aun de las más insignificantes. Si un personaje de Lawrence puede todavía ser calificado de héroe, los personajes de Huxley apenas lo son; van y vienen empujados por algún prejuicio, por alguna teoría apresurada, mientras los personajes de Lawrence obedecen, ante todo y sobre todo, a un impulso interior, entrañable, primitivo. Son hombres —repito—en lucha con las circunstancias, no hombrecillos modelados—hasta el refinamiento—por ellas. Así se explica que en los libros—admirables—de Lawrence el héroe "rompa con todo", al paso que en los de Huxley el roto sea él, el personaje.

Los personajes de Huxley opinan demasiado; los de Lawrence, ante todo, viven. En la "Revista de Occidente" hemos leído "El oficial prusiano", que pue-

de muy bien darnos la clave del modo de novelar de Lawrence. Dos hombres —un capitán y su asistente—se entregan al más hirviente silencio. Nos aturde el estrépito de aquellas dos almas en casi total mudez. Pero llega un instante en que el hervor estalla, destruyendo a los dos. Dejando intacto el silencio. Y lo prodigioso del caso era esto: parecía que allí sólo veíamos dos hombres, dos uniformes, dos formas conocidas del vivir, bien confinadas. Allí había algo más: dos fuerzas elementales en marcha, una vida ascendente—la del joven soldado—y una vida en descenso—la del maduro capitán—. Eran dos turbios ímpetus que Lawrence magistralmente confina en dos formas transparentes, tan humanas como artísticas, de tanta sencillez como expresión. No opinan, sienten. Viven con la máxima intensidad. Cuando llega su hora, se hacen pedazos. Este es el heroísmo. Así se forjan los héroes, chocando con la muerte. La vida en fiebre, las iba trabajando. Hasta que la vida triunfó, brincándose toda barrera

Los personajes de Huxley no van del ciego instinto a la aventura intelectual. Arrancan de un laboratorio, aunque progresivamente—según hizo notar André Maurois—avanzan por el camino de la humanidad. Son las novelas de Huxley una magnífica pista donde entran los personajes para lucir su poca o mucha agudeza mental. Por eso Huxley prefiere utilizar, como escenarios, el grande o pequeño salón, la elegante o zafia tertulia. Todo "Contrapunto" ¿no es una larga—a ratos amenísima—tertulia?

Los personajes nada nos dejan por decir. A veces leemos sus cuadernos íntimos. No se trata de un "ring" donde se encuentren los ímpetus vitales, sino un locutorio donde todos — urbanamente—hablan por turno, se escuchan atentamente. Asoma un aventurero, un asesino, pero su crimen es producto de un falso razonamiento, no de una corriente subterránea verdadera. Es un suicida que, antes de morir, de acabar de morir, realiza un "acto político", no un "acto humano". Los ímpetus humanos, al pasar por la política, se tuercen, se envenenan.

De modo es que Huxley novelador resulta disminuído por el Huxley "intelectual", en vez de aumentado, como sucede en Lawrence La inteligencia dejada a solas en la gran pista acaba por hacer de ella un desfile de esqueletos. La realidad exterior llega a ser desdeñada. El héroe, preocupado en razonar sus aventuras, termina por inhibirse. Los personajes de Huxley, en efecto, frecuentemente se inhiben.

Todo lo cual no quiere decir que en "Contrapunto" falten valores esencialmente novelísticos. La extensión del libro—más de seiscientas páginas en la edición española—permite al autor incluir en su obra no pocas intervenciones de la naturaleza viva. Si prefiere describir desfiles de pensamientos, tampoco olvida la reproducción, siempre concisa, del escenario, aunque siempre en la medida en que sirve de soporte a la charla de turno. Todo, buena novela. Porque una novela es buena o mala, no porque prefiera describir interiores o exteriores, cráneos por dentro o por fuera, corazones secos o rezumantes; la novela no tiene por qué someterse a un contenido que complazca a éste o aquel gremio. El novelista es libre, absolutamente libre para preocuparse por la descripción del Himalaya o de un humilde corazoncito de mecanógrafa. La "maldad" o la "bondad" vienen a la novela por otros caminos. Si Huxley prefiere maniobrar en un salón, lo que debemos exigirle no es que abandone el salón y se sumerja en una fábrica o en un presbiterio; lo que debemos exigirle es que sepa bien dónde se mete, que conozca hasta el agotamiento los hilos de la red que prefiere. También el pensar, el sólo pensar es "humano". (¿O es que piensan los cangrejos?) Por esto, una novela de aventuras meramente intelectuales continúa siendo tan novela como la de meros instintos en lucha. (Lo demás son preferencias. Y defensas del subgénero más conocido o más fácil).

Aunque puede ser un gran peligro para Huxley—también lo subraya Maurois—el sumergir tenazmente sus novelas en un baño erudito. "Y creo que él lo sabe—añade Maurois—, porque de día en día, en su obra, la simple humanidad reconquista su terreno contra la brillante paradoja". Con Lawrence preferimos la "integralidad" del hombre. (Apuntábamos esta preferencia en otro periódico de la noche poco antes de verla sustentada por Lawrence). Todo lo humano puede ser un precioso contenido de novela, aun sus más finas abstracciones. Pero debemos exigir del novelista una inteligente — y difícil — orquestación de facultades. Esto debería ser la novela de hoy. Y para todos los sectores humanos.

Benjamín Jarnés

Versos nuevos

= *Colaboración* =

VESPERAL

La hora transparente,
velada de crepúsculo,
huye por los caminos,
que van quedando oscuros.

Con sus sandalias limpias
deja los campos rubios,
y, a la distancia, huellas
de sol sobre los muros.

Los trinos del estío
siguen los pasos suyos
a modo de bandadas
de alondras por los surcos.

Del cielo atardecido
caen los rayos fúlgidos
de un gran lucero blanco
que hace al azul más puro.

Hay en el aire tibio
el pertinaz conjuro
de un algo de misterio
que canta en cuanto escucho.

Mi corazón se llena
de suspiros y murmullos;
siento que soy la tarde,
que mi alma es el susurro
entre las ramas verdes;
en los dorados surcos,

soy una alondra parda,
y en el zafir, ya oscuro,
soy el lucero blanco
que hace al azul más puro.

Agosto 13 de 1933.

VIDENCIA

Mis ojos hoy no miran la serena
luz del azul en este fin de estío,
el mundo de color que fué antes mío
duerme, al bullir de un manantial de pena.

El ánfora del tiempo se me llena
de la infinita música de un río
que viene de la luz y de lo umbrío
para dejarme el alma clara y buena.

La exquisita excelencia de las cosas
con la olorosa lengua de las rosas
revélame un misterio, estremecida.

Y es que al caer la noche sobre el mundo
me da sus ojos, de un sondar profundo,
el dios vidente que encarnó en mi vida.

R. Brenes Mesén

Agosto 25, 1933.
Evanston. Ill., U. S. A.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición Mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Turguéniev y nuestro idioma

Tomado del libro *Trinchera*. BABEL. Buenos Aires, 1932

Iván Turguéniev, Tourgueneff o Turgenjef—que de todas estas maneras se escribe el nombre del gran novelista ruso, según sea su traductor de lengua española, francesa o alemana,—fué el primero de los "gigantes eslavos" que atrajo la atención de Europa sobre la literatura de su país. Sin embargo, nadie más acusado que Turguéniev, Tourgueneff o Turgenjef de antipatriota y cosmopolita. Como si él no fuera mucho más ruso por haber universalizado un nombre como Iván Turguéniev, hasta el punto de hacerlo incorporar con ortografía propia al acervo de varios idiomas europeos.

Alguna vez con ayuda de Brandes y Kropotkin, sus críticos más comprensivos, demostraré—cosa fácil por lo demás—cuán profundamente ruso era el incomparable autor de **Tierras vírgenes** y con cuantísima razón afirma Galsworthy en su libro "Castles in Spain": que si Turguéniev parece tan occidentalizado es porque su obra influyó, mucho más de lo que se cree comúnmente, sobre muchos escritores occidentales.

Pero mientras, quiero anotar aquí un aspecto inédito de la interesante personalidad de Turguéniev. Me refiero a su insospechado conocimiento del castellano y a las causas que lo llevaron a estudiar nuestro idioma.

Como todo lo que hay de puro en la vida del gran escritor ruso, el aprendizaje del castellano está ligado íntimamente a su clara **liaison** con Mme. Viardot, la famosa artista lírica, llamada Paulina García por su nombre de soltera, que estuvo de niña con sus padres en México.

Turguéniev conoció a Mme. Viardot cuando ésta hizo una de sus primeras jiras artísticas por Rusia, en 1843. Entonces Turguéniev era todavía **un mauvaise rimeur et un bon tireur**... La aparición de sus relatos iniciales demostraron muy pronto que el cuentista valía cuando menos el cazador.

Mme. Viardot debió comprenderlo así desde un principio merced a su esposo, M. Louis Viardot, que fué quien puso más tarde algunos de esos relatos en francés. Porque esta amistad singular fundóse ante todo en un mutuo respeto y una recíproca admiración de la artista y del escritor. Así se explica la franca correspondencia que mantuvieron durante muchos años y el aprendizaje que Turguéniev hizo del español cuando conoció a la familia García en París.

En una de sus primeras esquelas, fechada el 19 de octubre de 1847, Turguéniev participa a su admirada corresponsal que ya tiene un maestro de español: "el señor Castelar". Y al poco tiempo comienzan a aparecer algunas palabras españolas en sus cartas. Sobre todo, en los saludos finales que Turguéniev le dirige a Mme. Viardot en varios idiomas, según puede verse en este ejemplo.

"Que Dios bendiga a usted, **leben sie recht, recht wohl, boudté zdarovy y pomite. Votre, Iv. Tourgueneff**".

Pero el conocimiento que Turguéniev muestra tener del idioma español no se reduce a estas pocas palabras de cortesía. En la misma carta en que ellas aparecen hay un largo y bien fundado juicio sobre Calderón a quien Turguéniev declara leer encarnizadamente en el original.

"C'ets le plus gran poéte dramatique catholique qu'il y ait eu, comme Shakespeare, le plus humain, le plus antichretien".

Y en otra carta, Turguéniev vuelve a hablar—"tout encalderonise"—de **La Vida es sueño** y del **Mágico prodigioso.**

De **La Vida es sueño** dice:

"Es una de las concepciones más grandiosas que conozco. Hay en él una energía salvaje, un desdén sombrío y profundo de la vida, una asombrosa audacia de pensamiento al lado del fanatismo católico más inflexible. El Segismundo de Calderón—el personaje principal—es el Hamlet español con toda la diferencia que hay entre el Mediodía y el Norte. Hamlet es más reflexivo, más sutil, más filosófico; el carácter de Segismundo es simple, desnudo y penetrante como una espada. El uno no actúa a causa de la irresolución, la duda y la reflexión: el otro actúa, pues su sangre meridional lo empuja; pero aún actuando sabe bien que la vida es sólo un sueño".

Esta afición de Turguéniev por el idioma español no es pasajera. Dos años más tarde el gran ruso vuelve a hablar de sus lecturas hispánicas con un juicio tan exacto que sorprende en un extranjero. Así en carta de julio de 1849 dice textualmente de "Doña Isabel de Solís", novela histórica de Martínez de la Rosa:

"J'ai lu ceci pour m'exercer dans la langue espagnole. Mais j'en demande pardon a vos compatriotes, si toute leur littérature contemporaine est de cette force..lá. C'est enfantin. Il n'y a que les extraits de chroniques qui soient interesants".

Podría citar unos cuantos ejemplos más. Pero basta recordar la expresión más alta de Turguéniev en ese sentido: su célebre conferencia sobre Hamlet y Don Quijote, sólo comparable al famoso prólogo de Enrique Heine

Ahora bien, ¿cómo han correspondido los españoles al desinteresado hispanismo de Turguéniev? Que yo sepa, hasta hoy ningún escritor de la península ha estudiado este curioso aspecto del novelista ruso. Con todo, por una de esas grandes coincidencias que hacen pensar en una justicia remota, Turguéniev es de los viejos escritores eslavos el único que cuenta con traducciones perfectas. El profesor Portnoff, de la Universidad de Madrid, ha vertido casi todas sus obras en buen castellano. Lástima que esta labor haya quedado trunca. Falta en español una de las mejores novelas del maestro, la titulada **A la víspera.**

Enrique Espinoza

Imprenta «LA TRIBUNA»